EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JUAN DE URBINA,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876.

JUAN DE URBINA.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª edicion).
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. 3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (4.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.
La agonía. (3.ª edicion).
Flores y perlas. (4.ª edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (4.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª edicion.)
Oros, copas, espadas y bastos. (4.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro.
Tres piés al gato...

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Izenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4.ª edicion.)
La creacion refundida (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiès. (M. de Barbieri.) (5ª. edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) 2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con Don Ramon de Navarrete. (5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

JUAN DE URBINA,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

epresentada por primera vez en el Teatro de la ZARZUELA el 4 de Octubre de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA DUQUESA................	SRA. FRANCO DE SALAS.
LUCÍA.....................	SRTA. URIONDO.
JUAN DE URBINA...........	SR. SANZ.
ANDRÉS....................	SR. LOITIA.
D. FRANCESILLO DE ZÚÑIGA.	SR. TORMO.
ANTON.....................	SR. JIMENO.
UN MAYORDOMO............	SR. FUENTES.

Damas, caballeros, corchetes, pajes, mozas, oficiales y aprendices.

La escena en Madrid, y la accion se supone en el año 1526, reinado del Emperador Cárlos V.

Esta obra está escrita sobre el pensamiento de otra francesa.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una habitacion baja del taller de Urbina. Puerta grande al foro que da á la calle. Á los dos lados dos armarios esculpidos de roble. En el de la derecha, se ven piezas de plata labrada y objetos de diversos metales artísticamente trabajados. El de la izquierda es cerrado con doble cerradura y cerrojos; dentro otros objetos de platería que se ven á su tiempo. Una mesa grande de nogal con cruz de hierro en la derecha de la escena. Seis sillones grandes de baqueta. Puertas laterales de nogal á cuarterones. Lámpara de hierro colgada del techo. Dos ó tres estuches grandes y planos sobre la mesa, con joyas dentro.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, los Oficiales y Aprendices de Urbina, modestamente vestidos, llenan la escena, mirando á la puerta del foro. Á lo lejos, en la calle, se ve á Lucía, Andrés y Anton, que entran en escena á su tiempo.

OFICIALES y APRENDICES.

MÚSICA

OFICIALES. ¡Aquí vienen! (Con alegría.)
ellos son!
¡Pronto empieza

la funcion!
Es el novio
un galopin,
y es la novia
un serafin!
Linda es ella,
listo es él,
pero el suegro
es un tonel!

APRENDICES. Aquí vienen,
aquí están,
páregita
linda harán.
Él la abraza
con amor,
ella le oye
con rubor;
pero el suegro
está en Belén,
y los mira
y dice amen!

TODOS. ¡Aquí vienen!
ellos son!
dé comienzo
la funcion!

(Todos se dirigen á la puerta del foro.)

ESCENA II.

DICHOS, LUCÍA, ANDRÉS, ANTON, con un vientre muy grande.

ANDRES. Salud, compañeros! (En la puerta.)

OFICIALES y APRENDICES.
¡Bien venido, Andrés!
Paso á los amantes.

ANDRES. Adentro los tres.

(Bajan al proscenio y todos los rodean.)

Aquí teneis, amigos,
á mi gentil Lucía,
la niña de ojos negros,
la sal de Morería:

la perla que mañana
con mimo engarzaré,
cuando ante el cura párroco
eterno *si* me dé.

OFICIALES y APRENDICES.

¡Bien venida!
bien hallada,
la Lucía
enamorada
que se casa
con Andrés;
que ella es linda
por extremo
y él es mozo
de valer!

ANDRES. Aquí teneis, amigos,
al padre de mi nóvia,
que tiene seis majuelos
camino de Segovia,
y que hace tan buen vino,
que en poco más de un mes,
se bebe su cosecha
y compra más despues.

OFICIALES y APRENDICES.

Bien venido,
bien hallado,
cosechero
afortunado,
que en un año
sabe hacer
todo el líquido
espumoso
que su tripa
há menester.

ANDRES. Aquí teneis, amigos,
á Andrés, vuestro criado,
del gremio de plateros
joyero examinado;
artífice estudioso
que no lo hará tan mal,
cuando es de Juan de Urbina

amigo y oficial.

OFICIALES y APRENDICES.

Bien hallado,
bien venido,
el platero
distinguido
que dirige
este taller,
y á quien deja
Juan de Urbina
los diamantes
á granel.

—

ANDRES.

Gracias, gracias,
compañeros,
á mi boda
no falteis,
que mi suegro
os ha guardado
un pipon
de moscatel.

LUCIA.

Gracias, gracias,
compañeros,
á mi boda
no falteis,
que mi padre
os ha guardado
un pipon
de moscatel.

ANTON.

Gracias, gracias,
compañeros,
á la boda
no falteis,
porque os tengo
preparado
un pipon
de moscatel.

CORO.

Gracias, gracias,
compañero;
en la boda
me hallaré,
á apurar

hasta las heces
el pipon
de moscatel.

HABLADO.

ANDRES. Hoy no hay trabajo, y mañana
en el campo todo el dia!
ANTON. ¿Dió su permiso el maestro?
ANDRES. El célebre Juan Urbina,
cincelador de oro y plata,
y joyero y diamantista
del emperador, al ver
terminada la vajilla
de lapis-lázuli y oro
que el César á Francia envía
como regalo de boda
de su hermana, nos convida
á cuatro dias de asueto
con jornal entero!
TODOS. ¡Viva
el maestro!
ANDRES. Y no es difícil
que si le hablo, consiga
que asista á mi boda y sea
mi padrino! (Murmullos de satisfaccion.)
ANTON. Eso sería
magnífico!:.. ¿Bebe bien?
ANDRES. Suegro! aquí no hay quien compita
con vos!! Entre los flamencos
del Emperador, habría
quien os diera quince y falta!
LUCIA. Y es tan buena esa vajilla
que decís?
ANDRES. ¿Que si es tan buena?
Aquí se talla, se lima,
se dibuja, se cincela,
se esmaltan y se combinan
con el acero bruñido
el oro y las piedras finas.

Cofrecillo se ha hecho en casa
firmado por Juan Urbina,
donde el Padre Santo en Roma
guarda las Formas Santísimas,
y el rey Francisco primero
honró este taller un dia
para comprarnos un broche
con que prender su capilla.

LUCIA. El rey de Francia!

ANDRES. En el hombro
la prendió su mano misma,
diciendo: «Ni Benvenutto
hace más.» ¡Qué tal sería!

ANTON. Benvenutto ó Benvevuto?

ANDRES. ¡Y dale con la bebida!
Benvenutto ó Bienvenido,
que eso el nombre significa;
es *Benvenutto Celini*
otro platero, otro artista
italiano, á quien el rey
de Francia paga y estima,
y cuyas obras sublimes
de escultura y joyería
llaman la atencion de Europa
por nuevas y por magníficas.

LUCIA. ¿Y vuestro maestro es uno
de esos que andan todo el dia
con diamantes y esmeraldas,
y hacen joyeles, sortijas
y diademas?

ANDRES. Justamente!
Mas no creais que embutidas
en un aro de oro liso
á modo de metecintas!

LUCIA. Ya!

ANDRES. En un cintillo de mano
se hace á veces una ninfa
mirándose en un arroyo;
y casando piedras finas,
la ninfa es todo un mosáico,
el arroyo una amatista,
y el oro son dos serpientes

que en el arroyo se miran.

ANTON. ¡Mucho es eso para un dedo!

ANDRES. Pues todo eso es niñería,
juguetes... si se compara
al valor de la vajilla
que hemos concluido...

ANTON. ¡Hola!

ANDRES. Doce copas, forma egipcia...
dos ánforas para vino...

ANTON. Grandes, eh?

ANDRES. Cuatro salvillas
y el juego de platos hondos;
y para las dos esquinas
dos portaluces de brazos
imitando hojas de encina,
de lapis-lázuli y oro,
acero y plata bruñida.
Hemos tardado tres meses
alternando noche y dia
los oficiales, y ha dado
el Emperador, encima
de las piedras y metales,
que eso se nos facilita,
sólo por la mano de obra
tres mil doblones!

ANTON. Atiza!

LUCIA. Será vuestro amo muy rico!

ANDRES. Él no es nuestro amo, Lucía.
¡Es nuestro maestro!

LUCIA. Ya!

ANDRES. Nos enseña, nos anima,
nos aconseja, nos paga...
y tras de ser gran artista,
vale veinte veces más
como hombre todavía!

ANTON. Tanto le quereis?

ANDRES. Qué es tanto?
Yo adoro á mi prometida;
vos me la dais por esposa
y en eso cifro mi dicha;
pues si él me dijera: «Andrés,
no te cases con Lucía,»

yo, llorando, me quedaba
soltero toda la vida.

LUCIA. Muchas gracias!

ANTON. Yo te haré
beber unas botellitas,
y despues...

ANDRES. Ni ántes ni luégo.
Yo era un mozo sin familia,
sin oficio, sin recursos;
me recogió en una esquina,
me enseñó su arte; soy
su oficial primero, y vida,
amor, honra, todo es suyo!
y todos lo mismo harían!

TODOS. Todos!

ANTON. Debe ser muy rico!

ANDRES. No tal; tan poco se cuida
de su fortuna, que casi
soy yo quien se la administra.

ANTON. Vos!

ANDRES. Sí; yo compro las piedras
cuando hay de qué... nos las fían
si no...

ANTON. Quiénes?

ANDRES. Los judíos,
que son hoy los que trafican
con esas cosas. Conque, hijos,
gozad con la perspectiva
de mañana! Habrá en mi boda
asueto por cuatro dias.

LUCIA. Mucho baile!

ANTON. Mucho vino!

UNOS. Felicidades!

OTROS. Albricias!

(Aparece Juan de Urbina por la puerta de la derecha pensativo.)

TODOS. El maestro! (Viéndole.)

URBINA. Adios, muchachos!

ANDRES. Que viva el maestro!

TODOS. (Marchándose por el foro.) ¡Viva!

ESCENA III.

URBINA, con un estuche plano en la mano, se dirige á la mesa y se queda de pie cerca de ella. LUCÍA, ANDRÉS, ANTON.

LUCIA. (Tiene aire de gran señor.) (Ap. á Anton.)
ANTON. (Vamos, atrévete, chica.)
LUCIA. (Que hable Andrés primero.)
ANDRES. (Al padre
le corresponde.)
ANTON. (Acercándose á Urbina.) Usiría
permitirá...
URBINA. (Volviéndose de pronto.) Eh!
ANDRES. (Retrocediendo.) No!... nada!
URBINA. Qué pasa? Por qué mi vista
os turba? Andrés... qué sucede?
ANDRES. No sienta bien la osadía
cuando se espera una cosa
del maestro!
URBINA. Pues olvida
al maestro y piensa sólo
en el amigo.
ANDRES. Ya!
URBINA. Y dila! (Pausa.)
Vamos! habla... y si no, deja
que me lo diga esta niña.
LUCIA. Como es negocio de boda
la mujer nunca principia!
URBINA. Eso es verdad!
ANDRES. Los tres juntos.
ANTON. Muy bien!
LUCIA. Valor.
ANDRES. Osadía.

MUSICA.

LOS TRES. Á la boda os convidamos
de Lucía con Andrés,
y el honor de ser padrino

os venimos á ofrecer.
Novia y novio y padre y suegro
hoy esperan tal bondad
del ilustre Juan de Urbina,
diamantista sin rival.

URBINA. Pues no se invitaría (Sonriendo.)
al mismo Emperador
con más cortesanía
ni consideracion.

LOS TRES. Si monarca es él de España
y á Alemania da la ley,
vos del arte lapidario
en Europa sois el rey.
Sed padrino de la boda
de Andrés Gil vuestro oficial
y será para los novios
la mayor felicidad.

URBINA. Acepto, amigos mios,
de todo corazon
y corre de mi cuenta
la boda y la funcion.

LUCIA. Y habrá música y baile
y el pueblo acudirá.

ANTON. Y algunos tonelitos
se desocuparán.

—

LOS CUATRO. Á correr,
á saltar,
á beber,
á bailar,
y á decir
sin cesar:
¡nunca ví
boda igual!
Á empezar
el festin;
á atronar
á Madrid;
y á gozar
sin temor
el placer
del amor.

LUCIA. (Á Andrés y á Anton.)
Que las bodas sin bailar
ni beber
siempre suelen acabar
sin placer,
en pegar y más pegar
el marido á la mujer.
Y las bodas sin beber
ni bailar,
siempre suelen sin placer
acabar,
en querérsela pegar
al marido la mujer.

—

URBINA. (Ap.) (¡Todos gozan bienandanza
cuando en mí no hay esperanza;
que en la muerte sólo alcanza
premio eterno un loco amor!)

HABLADO.

ANDRES. Mil gracias, maestro!
URBINA. Ven,
buena pieza, ¡y es muy linda!
LUCIA. Mil gracias, señor!
ANTON. El cuerpo
bien dice que es cosa mia!
URBINA. Y cuánto la dais de dote?
ANTON. La cuenta se hizo en seguida.
El novio de esto... está *in albis*,
(Aludiendo al dinero.)
la novia de esto... *per istam*,
boda igual!
URBINA. Y esos amores,
veamos, son cosa antigua?
LUCIA. No señor, hace dos meses
que nos queremos!
URBINA. Pues hija,
poco tiempo es!
ANTON. Para qué?
URBINA. Para casarse.

ANTON. No implica...
URBINA. Ántes de buscar cadena
que ate por toda la vida,
es preciso conocerse.
ANTON. ¡Qué errónea es esa doctrina!
las bodas que aún se celebran
en no conocerse estriban,
en conociéndose bien...
ninguno se casaría!
URBINA. Puede que razon te sobre!
pues esa es tu dote, niña.
(Dándola un bolsillo grande lleno de oro.)
ANDRES. Maestro! (Oponiéndose.)
LUCIA. Señor!
URBINA. Ya tienes
más que yo!
ANDRES. Acaso sería?...
URBINA. Todo mi caudal! Cien doblas!
ANDRES. No puede ser!
URBINA. (Atrayendo á Andrés y señalando á Anton que cuenta el dinero del bolsillo.)
Calla y mira!
¡Todo un primer oficial
del maestro Juan de Urbina,
¿se casa como un cualquiera?
ANDRES. Maestro!
URBINA. Nada me digas.
Soy tu amigo.
ANDRES. Señor!
URBINA. Soy
tu compañero; un artista
como tú!
ANDRES. Todo os lo debo!
URBINA. No eres tú tambien mi guía,
mi consejero? No pasas
como yo noches y dias
trabajando sin sentir
desaliento ni fatiga?
Trae tu mano y sé dichoso!
Ea! basta, no me riñas!
LUCIA. Reñiros él!
URBINA. ¡Cuántas veces!

ANTON. Á su maestro!
URBINA. Es mentira?
ANDRES. No lo es, y tengo razon;
sobre todo cuando inclina
su frente al suelo y se queda
ensimismado y suspira.
URBINA. Andrés!
ANDRES. Desde aquella noche...
URBINA. (Silencio!)
ANDRES. (Noche maldita!)
Y á propósito de noche,
he visto luz encendida
en vuestro taller!
URBINA. He estado
trabajando!
ANDRES. Ajáa. (Con satisfaccion.)
URBINA. Debía
concluir...
ANDRES. Sí; ese collar
encargado por la rica
marquesa de Azlor. Tres veces
mandó ya su señoría
por él á su mayordomo
que es un grosero y me irrita
recordar sus amenazas!
URBINA. Como es el ama tan linda! (Con ironía.)
ANDRES. (Como está casi pagado...)
dice que le necesita
para un baile de esta noche,
y avisará á la justicia
si no se le dan. Hoy mismo
vendrá por él. Está?
URBINA. (Abriendo el estuche.) Mira.
Qué te parece? (Todos le rodean.)
ANDRES. Magnífico!
ANTON. Admirable!
LUCIA. Ave-María!
cuanto diamante!
ANDRES. El engarce
es lo sublime!
LUCIA. ¡Cuál brillan!
ANDRES. Maestro, nada habeis hecho

mejor en toda la vida!

URBINA. Gracias.

(Se queda otra vez pensativo y deja el estuche abierto.)

ANTON. ¿Será eso muy caro?

ANDRES. Todo cuanto en casa había
está aquí—diez mil escudos
y algo más. Pero la firma
del maestro hace que valga
mucho más la gargantilla. (Urbina se sienta.)
(Ya está otra vez como suele!)
Conque... basta de visita.
(Á Lucía y á Anton.)

ANTON. Teneis razon, esta tarde
venimos por vos! Lucía,
tú y yo á convidar ahora
á comadres y vecinas,
y echaremos un traguito,
porque la sed me fatiga.

ANDRES. Maestro, esta noche todos
los oficiales querían
reunirse aquí, danzar
hasta tarde, oir la misa
del alba y marcharnos todos
al campo, á pasar el dia
en la Tela de Segovia
junto á la Almudena!

URBINA. Sigan
su plan!

ANDRES. Nos dais el permiso?

URBINA. Le teneis!

LUCIA. (¡Poca alegría
va á llevar á nuestra boda!)

ANTON. (En cuanto pruebe el tintilla
que yo tengo, le tendremos
en el campo echando chispas!)

LUCIA. Maestro, adios!

ANTON. Hasta luégo!

URBINA. Id con él!

ANDRES. (Acompañando á Lucía.) Esta sortija
la he hecho yo para tu mano!

LUCIA. Vuelvo por ella en seguida.

ANTON. Ya tienes dote, muchacha!
ANDRES. ¿Ni abrazo de despedida?
LUCIA. Por mí... (Tendiéndole los brazos.)
ANTON. Nada de adelantos!
Mañana en la sacristía!
(Vánse por el foro Lucía y Anton.)

ESCENA IV.

ANDRÉS, URBINA, abstraido, al lado de la mesa.

ANDRES. (Despues de mirarle fijamente, con interés.)
Maestro!
URBINA. Qué ocurre?
ANDRES. Nada!
Que veros así me apena.
URBINA. ¿No es mi salud fuerte y buena? (Levantándose.)
ANDRES. Vais á salir?
URBINA. Trae la espada.
ANDRES. Dónde vais?
URBINA. Lo sé yo acaso?
Á respirar otro ambiente,
á separar de mi frente
la atmósfera en que me abraso.
ANDRES. ¿Tan poco soy para vos
que á fiarme no se atreve...
URBINA. (Interrumpiéndole.)
Hay secretos que no debe
saber nadie sino Dios!
(Se cubre los ojos con la mano.)
ANDRES. ¿Ni el amigo, ni el hermano,
que á gusto su vida diera
por conseguir que cayera
esa lágrima en su mano!
URBINA. Andrés!... (Con expansion.)
ANDRES. No tengo, señor,
á vuestras penas derecho?
Si habeis de abrir vuestro pecho
en álguien, en quién mejor?
Yo soy un hombre cualquiera,
un artífice ignorado,
pero que nunca ha soñado
en salirse de su esfera;

y tal como soy y valgo,
mi conciencia agradecida
os dará mi alma y mi vida
si pueden serviros de algo.

URBINA. Mal tu corazon sensible
busca de mi pena el nombre.
Nada hay que consuele al hombre
que persigue un imposible!

ANDRES. Vos, artista singular,
cuyo nombre á tierra ignota...

URBINA. ¡Mi nombre! es sólo una gota
entre las olas del mar! (Pausa.)

ANDRES. ¿Qué os pasó la noche aquella
que salísteis con la espada,
y con faz desencajada
volvísteis aquí sin ella?

URBINA. En aquella noche, Andrés,
triste, lóbrega, sin luna,
¿por qué mi mala fortuna
no me vió muerto á sus piés!

ANDRES. Hablad en fin.—Por mi aboga
mi amor y mi alma serena.
Salga del pecho esa pena
que os aflige y que os ahoga.
Y si temeis los agravios
que mi indiscrecion os haga,
sacad del cinto la daga,
sellad con ella mis labios!

URBINA. No temo tu indiscrecion,
temo escucharme á mí mismo!
¡Salga por fin de su abismo
mi angustiado corazon!

MÚSICA.

Era una noche tranquila
de apacible soledad,
aunque envuelta por la niebla
en medrosa oscuridad.
Yo á mis solas trabajaba,
presa de artístico ardor,

puesto el recuerdo en mi madre.
puesta la esperanza en Dios.
De repente hirió mi oido
débil grito de mujer,
y al fulgor de unas antorchas
varios hombres ví correr.
Cojo la espada y la daga,
cruzo de un salto el portal,
y ya desnudo el acero
en la plaza vine á dar.
Tres bandidos me acometen
á la par con gran furor,
y se enciende entre las sombras
el combate aterrador.
Á uno hiero, al otro mato,
el tercero huye de mí,
y una dama desmayada
en mis brazos recogí.
Destrenzado su cabello,
rica en lágrimas su faz,
de la dama junto al mio
ví el semblante angelical.
Y escondida entre mis brazos
que temblaban de placer,
¡ay de mí! con vida y honra
en su casa la dejé!
Desde aquel instante
mi dicha he perdido;
su acento recuerdo,
su faz nunca olvido;
y pena y locura
agitan mi ser
¡pensando en los labios
de aquella mujer!
Yo la adoro, yo me muero
sin poderla conseguir,
y alma y dicha, y oro y gloria
todo ha muerto para mí!
¡Ay de mí,
ay de mí!

———

HABLADO.

ANDRES. Quién era aquella mujer?
¿Para vos tan alta está?
URBINA. La Duquesa de Alcalá!
ANDRES. ¡Jesucristo!
URBINA. ¡Qué he de hacer!
Sufrir, pues es necesario,
mi desatinada estrella,
y guardar su imágen bella
aquí, como en un santuario.
ANDRES. Ella os conoció?
URBINA. No tal!
¿Quién soy yo, pobre de mí,
para conocerme así,
señora tan principal?
ANDRES. La salvásteis de la muerte
y tal vez de un atropello!
URBINA. ¡Qué gracias me dió por ello!
No sé cómo encarecerte
aquel acento hechicero;
la mano con que oprimía
mi brazo mientras decía:
«Quién sois, quién sois, caballero?
»Aunque mi empeño os asombre,
»yo el serviros tengo á gloria;
»dejadme guardar memoria
»eterna de vuestro nombre!»
Qué pronto su voz divina
de acento hubiera cambiado
al ver que la había salvado
el menestral Juan de Urbina!
ANDRES. Cómo menestral? La vista
fiad en obras tan bellas
y decid si no hay en ellas
el sello de un gran artista!
Ese amor es importuno,
imposible...
URBINA. Lo confiesas!
ANDRES. Mas como ella hay cien duquesas,
hombre como vos, ninguno!

URBINA. Yo para ella nada soy!
ANDRES. Y no la habeis vuelto á ver?
URBINA. Á su paso sin querer
siempre salgo y siempre voy.
No adivina ella en mi cara,
vista en noche tan oscura,
que soy yo el de la aventura.
¡Ay de mí si lo acertára!
Siempre la sigo de lejos,
y aunque se vaya alejando,
quedan mi alma alumbrando
de sus ojos los reflejos!
Bella, majestuosa, altiva,
su mirada indiferente
deja caer casualmente
en mi alma embebecida,
y á esa mágica mirada
siento temblar mis rodillas,
y la sangre á mis mejillas
acudir atropellada!
En vano la calma invoco...
déjame este amor ardiente!
deja que estalle mi frente!
deja que me vuelva loco!
(Váse precipitadamente por la puerta derecha.)

ESCENA V.

ANDRÉS solo.

Pues señor, negocio hecho;
si no concluye ese amor,
adios arte! adios Urbina!
¿dónde está la reflexion?
Estas cabezas así...
sublimes... á lo mejor
hacen unas necedades...
(Reparando en el estuche abierto que dejó Urbina encima de la mesa.)
Eh? qué tal? ya se dejó
aquí el collar de diamantes,

que ha de ser la admiracion
de la córte, en la garganta
de la marquesa de Azlor.
¡Admirable! Pero como
cuando ella se lo encargó,
no estábamos bien de fondos,
yo pedí, por precision,
dos mil doblas de adelanto;
él rechaza con horror
el tomar dinero á cuenta;
dice que es ruin, pero yo
si no lo tengo lo pido
ántes de que otro bribon
se encargue de hacer las joyas
casi tan caro y peor.
Él tiene la llave, luego
le guardaremos... ¿Qué voz
suena por ahí? ¡Ay, Dios mio!
me lo temía.—El bufon,
don Francesillo de Zúñiga,
el que Madrid enredó
con sus apodos, el loco
feliz del Emperador.
Éste viene á pedir algo.
¡Pues es bonita ocasion!

ESCENA VI.

ANDRÉS, D. FRANCESILLO, por el foro.

MUSICA.

FRANC. ¡Ah de casa!
ANDRES. Adentro pues.
FRANC. No está Urbina?
ANDRES. No señor!
FRANC. Pues dejad, señor Andrés,
que entremos mi gorra y yo.
Vengo á hablaros.
ANDRES. (Saludando.) Tanta dicha!

FRANC. Vengo á veros!
ANDRES. Tanto honor!
FRANC. Y como es costumbre mia
á contar un chisme ó dos.
ANDRES. Hablad por Dios!
que para andar en chismes
ninguno como vos!

—

FRANC. Yo soy don Francesillo,
alegre bufoncillo
del alto Emperador;
y soy su consejero,
y soy el caballero
que sabe hablar peor.
La dama encopetada,
la moza celebrada
me buscan siempre á mí,
pidiendo de mil modos
las ponga los apodos
que tienen por Madrid.
En esto sí
que no hay quien me aventaje
en Roma ni en Madrid.
ANDRES. En eso sí,
que no hay quien con vos pueda
en Roma ni en Madrid.

—

FRANC. Yo soy el que consigo
por cuanto callo y digo
aplauso universal,
y no hay duquesa altiva
que á mí no me reciba
con risa angelical.
Las feas me devoran,
las lindas me enamoran
y al fin conseguiré
con maña y con talento
hacer un casamiento
que un título me dé.
¡Feliz seré!
Que así podré pagaros
quizás alguna vez.

ANDRES. Feliz seré,
que al fin podrá pagarnos
la cuenta su merced.

—

FRANC. Si una joya os he comprado
es siguiendo la leccion
«el que la hace que la pague.»
Vos la haceis... pagadla vos.

—

ANDRES. Es buen método, señor.
FRANC. Para mí no le hay mejor.
ANDRES. Segun eso no pagais?
FRANC. ¡No sabeis con quién hablais!

—

Yo en cuanto emprendo
no sé lo que hago,
yo siempre pido,
yo nunca pago,
yo como y bebo
y soy feliz,
viviendo siempre
sobre el país:
yo sigo en esto
la ley del uso,
por mí no dicen
«aquí la puso,»
que rey y Roque
y noble y ruin,
como yo viven
sobre el país.

ANDRES. (Si come y bebe
y nunca paga,
del bufoncillo
la vida es brava!
pues con descaro
y audacia vil,
vive en la córte
sobre el país.
Los que trabajan
para él son ceros
que en esta tierra
de caballeros,

en siendo un hombre
tramposo y ruin,
vive á su anchas
sobre el país.

HABLADO

ANDRES. Conque es decir?
FRANC. Es decir,
Andrés, patas de soplete,
que esta noche nos da un baile
magnífico, sorprendente,
una dama de alto rango,
con el motivo solemne
de salir mañana á Francia
á casarse con el célebre
rey de las largas narices
á quien cascamos las liendres
en Pavía, mi señora
la infanta, que Dios conserve.
Para ese baile (la casa
está aquí cerca) previenen
todas sus mejores joyas
caballeros y marqueses.
Irá la guardia tudesca,
rondarán los coseletes,
para más honor los pajes
se convertirán en pejes,
y habrá dama de alto bordo
que careciendo de bienes,
por llevar algo colgando
se habrá hecho engarzar los dientes.
Habrá golillas rizadas
con más cañones que un fuerte
y se cubrirán las manos
con guantes de piel de hereje,
(que ahora hemos tostado algunos
y es un olor excelente!)
Habrá pelo de difuntos,
buen color de tatarrete,

algun pecho de embutido
y algun pie con tres juanetes,
uno á cada lado y luégo
otro gordo en el empeine!
Guardainfante, que no guarde
todo aquello que conviene,
y dama de buenas carnes
que si á desnudarse fuese,
quedaría *coram pópulo*
con más espinas que un viernes!
Este es el baile, Andresillo,
grande, rico, sorprendente,
y siglos más, siglos ménos,
así son y serán siempre.

ANDRES. Pero en fin, don Francesillo...

FRANC. Á eso voy. Mi daga tiene
una empuñadora exígua,
mitad hierro, mitad peltre.
Entre las joyas artísticas
que Urbina en su casa tiene,
¿no habrá para mí algun pomo
rico?

ANDRES. ¿Muy rico?

FRANC. Se entiende!
¡Como yo no he de pagarlo...

ANDRES. Ah! ya!

FRANC. Que por mí no quede!

ANDRES. Ya se lo diré al maestro.
(¡El negocio es excelente!) (*Medio mútis.*)

FRANC. Pero está en casa?

ANDRES. Ocupado.
Salgo al instante. (*Dirigiéndose á la derecha.*)

FRANC. Sé breve
y descuida! yo diré
á aquellos que le contemplen
que me ha costado cien doblas
ó doscientas si tú quieres,
y esos pagarán las suyas
y la mia juntamente.

ANDRES. Voy!
(*Al irse se detiene al oir la voz de la Duquesa en el foro.*)

DUQ. Esperad!
(Á dos pajes, que se quedan en la puerta.)
ANDRES. Eh?
FRANC. Qué es eso?

ESCENA VII.

ANDRÉ, D. FRANCESILLO, la DUQUESA.

ANDRES. Una dama! (Bajando otra vez al proscenio.)
FRANC. (Ap. á Andrés.) (Y de copete!
la del baile!)
DUQ. Don Francés!
ANDRES. (¡Hermosa presencia tiene!)
FRANC. (Saludándola.)
¡Duquesa y señora mia!
ANDRES. (¡Una Duquesa!)
FRANC. ¿Á qué viene
señora tan principal
á honrar este humilde albergue?
¿Es que al fin arrepentida
de usar conmigo desdenes,
crédito dando al cariño
que mi corazon os tiene,
venís en mi busca?
DUQ. Vamos! (Sonriéndose.)
Con vos hay que reir siempre!
FRANC. El conde don Francesillo,
¿no puede hablar formalmente?
DUQ. Sitio y ocasion son estos?
FRANC. Para amaros lo son siempre.
DUQ. ¿El taller de Juan Urbina
el diamantista, no es este?
FRANC. Sí señora.
DUQ. ¿Vos venís
por joyas?
FRANC. Exactamente!
Como Urbina es el artífice
más distinguido y más célebre
de España... (Ves? ya le pago!)
para dijes y joyeles

soy su parroquiano.
DUQ. (Sonriendo.) Vos!
FRANC. Sí; nada de extraño tiene;
el Emperador y yo
venimos aquí mil veces.
DUQ. No conozco á Urbina.
FRANC. Es hombre
extraordinario.
ANDRES. (Á la Duquesa.) ¿Y qué quiere
usía en que la sirvamos?
DUQ. Sois Urbina vos?
FRANC. Maese
Andrés es el oficial
primero, el segundo jefe!
DUQ. Quiero un collar de diamantes.
ANDRES. Y precio?...
DUQ. El que vos pusiéseis!
ANDRES. Para cuándo?
DUQ. Para hoy mismo.
ANDRES. Entónces difícilmente
podremos serviros.
DUQ. ¿Cómo?
FRANC. Aquí se compra por meses
anticipados. Se escogen
piedras, se ven aranceles,
dibujos: no hay aquí nunca
género en los almacenes.
DUQ. Enterado estais!
FRANC. De todo
cuanto á las damas concierne.
Son mi pesadilla y tengo
con ellas tan buena suerte,
que me llaman ya «bendito
entre todas las mujeres,»
menos vos, que por más que hago
os gozais en no creerme.
DUQ. No teneis pues?... (Á Andrés.)
ANDRES. (Señalando á los estuches cerrados.)
Aquí hay varios
collares, pero no...
DUQ. (Viendo el abierto.) Y éste?
ANDRES. Ah!

DUQ. (Á D. Francesillo.) Es admirable! mirad,
Zúñiga!
FRANC. Qué piedras tiene!
falta le hacía á Madrid
un empedrado como ese!
DUQ. Y vale?...
ANDRES. Diez mil escudos.
DUQ. Mio es.
ANDRES. Otro igual á éste
puede ser, aunque es difícil
que se labre exactamente,
pero ese está ya vendido!
DUQ. Á quién?
ANDRES. Pagado le tiene
casi todo la marquesa
de Azlor.
FRANC. ¡Ese salmonete,
con cara de *sursum cordam*
y con miradas de *requiem*!
¡Cuánto mejor la estaría
un collar... de cascabeles!
DUQ. Yo os doy doce mil escudos.
FRANC. Vamos! (Á Andrés.)
DUQ. Catorce.
ANDRES. Ni veinte.
Mi maestro Juan de Urbina
sólo una palabra tiene.
El collar es de su dueña:
DUQ. Razon es!
FRANC. (Á Andrés ap.) (Muy necio eres!
aprende de mí, no pagues!)
DUQ. Guárdeos Dios. (Á Andrés.)
ANDRES. Si os conviniese
otro igual en algun plazo...
DUQ. Despues de haber visto ese
en otro cuello?
FRANC. Y de cisne,
pero pelado!
ANDRES. (Á la Duquesa.) Conserve
Dios la vida de usiría!
DUQ. Gracias. Decid solamente
á Juan de Urbina que siento

que no pueda complacerme.
ANDRES. ¿Quién le diré que le honra?
FRANC. (Patas tórtigas aprende.)
DUQ. La Duquesa de Alcalá.
(Dirigiéndose al foro.)
ANDRES. Ah! (Sorprendido.)
FRANC. Permitid que os moleste
ofreciendo esta almohadilla
á vuestra mano de nieve.
(Le pone el brazo derecho y ella apoya la mano.)
ANDRES. (Era ella!)
FRANC. Hasta la plaza.
DUQ. Gran alhaja! (Marchándose.)
FRANC. Sorprendente.
DUQ. Bien la lucirá en mi baile!
FRANC. Es envidia?
DUQ. Lo merece.
FRANC. Gargantas como la vuestra
aun sin piedras gustan siempre.
DUQ. Me enojo, don Francesillo?
FRANC. Si á solas hablaros puede
un momento el que os adora,
permitid que le aproveche.
(Vánse por el foro seguidos de los dos pajes. Urbina ha aparecido en el umbral de la puerta derecha momentos ántes.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS, JUAN DE URBINA.

URBINA. Es ella!
ANDRES. Maestro!
URBINA. Andrés! (Bajando al proscenio.)
Es mi sueño, mi quimera!
Qué buscaba aquí?
ANDRES. Un collar
de diamantes.
URBINA. ¿Para ella?
¡Yo se lo haré!
ANDRES. Le ha gustado
tanto este de la marquesa

de Alzor, que habeis concluido,
que llevársele por fuerza
quería.

URBINA. ¿Y no se le has dado?

ANDRES. Es que esa alhaja no es nuestra!
Está ya casi pagada.

URBINA. (Sin hacer caso de lo que dice Andrés.)
Yo oí su voz! Y las fuerzas
me abandonaron! Quería
salir! Oh! nunca me vea
en esta mezquina casa,
nunca quien yo soy entienda!
Déjame!

ANDRES. Me dais la llave? (Señalando al armario.)

URBINA. Para qué? (Distrado.)

ANDRES. Guardar es fuerza
las joyas en el armario
hasta que á buscarlas vengan.

URBINA. Yo las guardaré.

ANDRES. (Acordándose.) Maestro,
de vos un favor espera
don Francesillo de Zúñiga.

URBINA. (Con el collar en la mano y preocupado.)
Su mano blanca y pequeña
se ha posado en tí!

ANDRES. (Está loco!)

URBINA. ¡Bendito, bendito seas! (Besándole.)

ANDRES. Maestro...

URBINA. (Con ira.) Déjame, Andrés!

ANDRES. (Pues allá se las avenga!) (Váse.)

ESCENA IX.

URBINA, D. FRANCESILLO, por el foro.

FRANC. Sois vos? Me alegro encontraros.

URBINA. Conque os honra la Duquesa
de Alcalá con su amistad?

FRANC. Todas me miman y obsequian.
Ya se ve! ¿Quién no tiene algo
por qué temer á mi lengua?

URBINA. Esa... tambien?...

FRANC. Ya lo creo!
URBINA. Cómo? Rica, jóven, bella!
FRANC. Era una pobre muchacha,
una hidalguilla de aldea,
cuando el *Duque de Alcalá*
la elevó hasta su grandeza.
URBINA. No era noble?
FRANC. Casi, casi;
entre clara y entre yema!
Fué por él Grande de España;
murió el duque de viruelas...
segun dicen, y ella es hoy
viuda, rica y romancesca...
Como el marido era viejo
cuando se casó con ella,
no le tomó al matrimonio
todo el gusto que debiera,
y parece que suspira,
y está triste... y llora... y sueña,
mas será sin duda alguna
que le duele la cabeza,
porque estas damas son todas
tentadas de la jaqueca.
URBINA. (No era noble!)
FRANC. Conque Urbina,
esta noche se celebra,
en su casa, con un baile
estupendo... que hará época,
la boda de mi señora
la infanta...
URBINA. Bien!
FRANC. Y quisiera
para esta vieja daguilla
una empuñadura nueva.
Teneis alguna?
URBINA. La mia
os agrada? (Dándosela.)
FRANC. ¡Brava pieza!
Es á cincel trabajada!
Alhaja artística!
URBINA. Es vuestra!
FRANC. ¡Dios de Dios! Mas yo no pago.

URBINA. Si no pagais en moneda,
¿pagareis ese favor
con otro?

FRANC. Zanjo la deuda!

URBINA. Yo quiero ver ese baile. (Con decision.)

FRANC. ¿Estais en vos? (Sorprendido.)

URBINA. De una pieza
retirada, sin que nadie
adivine mi presencia.
Vos me ocultais...

FRANC. (Interrumpiéndole.) Sólo asisten
gentes de la alta nobleza.

URBINA. Vos...

FRANC. (Interrumpiéndole.) Yo soy don Francesillo
de Zúñiga, conde á medias...
hidalgo navarro... júbilo
de la gente palaciega
y hombre de placer del alto
señor que en España reina.
Sin mí no hay fiesta cumplida
sin mí no hay broma completa!

URBINA. Pues se tomará la broma
de llevarme como vuestra.

FRANC. Vos teneis razon! (Riéndose.)

URBINA. Palabra...

FRANC. De honor!

URBINA. ¿Á qué hora comienza?

FRANC. El sarao ya estará lleno
al sonar las ocho y media.

URBINA. Yo iré á buscaros.

FRANC. ¡Vestíos
bien!

URBINA. Eso á mi cargo queda.

FRANC. Ya que no me honreis en *cuna*,
honradme al ménos en *tela*.
¡Qué capricho!

URBINA. Quiero ver
todas las joyas que llevan
las damas.

FRANC. Ya!

URBINA. Y aprender
en mi arte cuanto pueda.

FRANC. Á vuestro gusto. Hasta luégo.
(Váse por la puerta del foro saludando.)
URBINA. Id con Dios! (¡Locura inmensa,
de mí te has apoderado!
¿Dónde arrastrando me llevas?

ESCENA X.

URBINA, LUCÍA, ANTON, por el foro.

ANTON. El Falerno era excelente!
LUCIA. Ya estamos aquí de vuelta.
ANTON. He convidado á tu boda
á medio Madrid.
URBINA. (Pensativo con el collar en la mano.)
(¡Qué bella
estaría con tal joya,
digna sólo de una reina!)
LUCIA. El maestro! (Sorprendida al verle.)
URBINA. (Volviéndose.) Quién?
ANTON. Nosotros!
LUCIA. Buenas tardes!
URBINA. (De repente.) (Ah! qué idea!)
Lucía...
LUCIA. Qué?
URBINA. (Á media voz.) Ven acá.
Me harás un favor?
LUCIA. (Con amabilidad.) Y treinta
si quereis.
URBINA. (Ap. á ella.) Véte á esa plaza,
al final de la calleja
hay un palacio...
LUCIA. (Interrumpiéndole.) Pues claro!
URBINA. Sabes?
LUCIA. El de la duquesa
de Alcalá.
URBINA. Precisamente.
(Cuatro palabras... sin señas
ni indicacion. Voy al punto.)
(Se sienta á la mesa y escribe en un papel con rapidez.)
ANTON. ¿Dónde estará la bodega (Buscando.)

en el taller? De no hablar
se quedan las fauces secas.

LUCIA. (Algo le pasa al maestro.)

URBINA. Esto es. (Escribiendo.)

LUCIA. (Su mano tiembla!)

URBINA. (Dobla el papel, le mete en el estuche, le cierra y se le da á Lucía.)
Toma. Esta caja á esa casa;
pregunta por la duquesa,
y á ella sola... sin decir
palabra, ni oir respuesta,
entrégala: calla y vuelve!

LUCIA. Como el rayo! (Váse corriendo por el foro.)

ANTON. (Viendo salir á Lucía.) Oye, mozuela,
dónde vas?

URBINA. Á asunto mio.

ANTON. Eso es distinto! (Inclinándose.)

URBINA. (¡Qué bella
estará con él!... ¿Qué intento?
Lo sé yo acaso?) (Rumores en la plaza.)

ANTON. (En la puerta del foro.) Ya llegan
los aprendices y todas
las alegres compañeras
de Lucía.

URBINA. (¡Oh Dios! ampárame
si la he de mirar ajena!)
(Se retira un poco. Entran por el foro las muchachas del pueblo y por la puerta de la izquierda; los Oficiales y Aprendices del taller.)

ESCENA XI.

URBINA, ANTON, MOZAS y OFICIALES y APRENDICES.

MUSICA.

UNOS. De fiesta estamos todos.

OTROS. De boda estamos ya.

MOZAS. La danza dé principio,
que tocan á casar.

ANTON. La novia está de calle,

el novio adentro está
y el suegro abandonado
no sabe qué hacer ya.

TODOS. El maestro! (Viendo á Urbina.)

URBINA. Bien venidos!

OFICIALES y APRENDICES.
No os creíamos aquí;
perdonad si destraidos
os vinimos á aturdir.

URBINA. Cantad, danzad,
que esa es la sola
felicidad!

TODOS. (Y nos lo dice
con gesto tal
que se quita la gana
de cantar y danzar.)

ELLAS. ¿Dónde está el novio?
Andrés! (Llamándole.)

ANDRES. (Dentro.) Ya va!

ELLOS. Pero y la novia?

ANTON. Pronto vendrá.

—

UNOS. De fiesta estamos todos.

OTROS. De boda estamos ya.

ELLAS. La danza dé principio,
que tocan á casar.

(Lucía entra por el foro con rapidez y se acerca á Urbina hablándole en voz baja.)

TODOS. La novia! (Viendo á Lucía.)

LUCÍA. (Ap. á Urbina.) (Ya está hecho!)

TODOS. (Viendo á Andrés que sale por la derecha.)
El novio!

ANDRKS. Ya está aquí!

URBINA. Adios, amigos mios!
Cantad, danzad, reid!

(Coge su gorra y capa y sale por el foro.)

ESCENA XII.

LUCÍA, ANDRÉS, ANTON, MOZAS, APRENDICES, ETC.

TODOS. Ande la bulla!

Ande la gresca!
que nadie sabe
lo que se pesca!
Pues es tan rara
esta ocasion
demos principio
á la funcion.

—

ELLAS. Cante una copla Andrés!
ANDRES. Cante mi suegro dos!
ELLOS. Cante la novia tres.
TODOS. Y empiece la funcion.

—

LUCIA. Los plateros que en amores
venturosos quieran ser,
aplicar deben su oficio
al valor de la mujer.
Las casadas son joyas
de engarce tal
que no debe un platero
desengarzar.
Las viuditas son plata
que en el crisol
se derrite al instante
con el calor.
Las solteras son oro,
pero hay que ver,
que si enseñan la liga
no son de ley.
¡Ay platerito!
míralo bien,
que hay plata falsa
y oro tambien.
Hay que soldar,
hay que probar,
hay que ensayar,
hay que escoger
y no dejar
en el taller
descuidada la joya
de su mujer.

TODOS. Ay platerito, etc.

LUCIA. El trabajo del platero
tiene mucho que aprender,
pero puede hacerse á medias
si le ayuda su mujer.
Ella debe tenerle
el obrador
de manera que cunda
bien la labor.
Prepararle el soplete
para soldar,
y afilar los punzones
de cincelar.
Calentar bien el horno
si hay que fundir
y hacer que no se apague
nunca el candil.
Ay platerito,
míralo bien,
que hay en tu oficio
mucho que hacer.
Hay que soldar,
hay que probar,
hay que ensayar,
hay que escoger
y no dejar
en el taller
descuidada la joya
de su mujer.

TODOS y CORO. Ay platerito, etc.

ESCENA XIII.

DICHOS, un MAYORDOMO y CUATRO CRIADOS por la puerta del foro.

MAYORD. El maestro Juan de Urbina!

ANDRES. Aquí es, pero no está!

MAYORD. Para mi ama la Marquesa
el collar vengo á buscar.

ANDRES. Gracias á Dios y á Urbina,
ya concluido está.

MAYORD. Pues dàdmele al momento

y el resto tomad ya.
(Ofreciéndole un bolsillo.)

ANDRES. (Buscando el collar por encima de la mesa.)
No está! Le habrá guardado.
La llave se llevó!

MAYORD. (Con mal modo.)
Disculpas, señor mio!

ANTON. Tambien le he visto yo.

MAYORD. Dádmele, pues!

ANDRES. ¡Qué distraccion!
guardóle aquí
y se marchó.

MAYORD. Irme sin él
no puedo yo,
que mi señora
os le pagó.

ANDRES. ¿Qué sospechais?

MAYORD. Que la engañó,
y á la justicia
llamaré yo.

TODOS. (Asustados.) ¡Á la justicia,
lance cruel!

ANDRES. (Con ira.)
Venga un martillo
y os le daré.
(Le dan un martillo grande y rompe á golpes la puerta del armario cerrado.)

TODOS. ¡Qué suceso
tan extraño;
qué increible
avilantez!
La justicia
con Urbina
nunca tuvo
aquí que ver!

ANDRES. (Retrocediendo aterrado al ver que no está el collar dentro del armario.)
¡Ah!... ¡no le veo,
falta de aquí!

MAYORD. ¿No os lo decía?

ANDRES. ¡Pobre de mí!

—

LUCIA. Si la alhaja que buscais
es la joya que enseñó
aquí mismo Juan de Urbina,
él con ella me mandó.

UNOS. Dónde?

OTROS. Adonde?

ANDRES. (Al Mayordomo.) Á vuestra casa.
¿Lo estais viendo? (Con alegría.)

LUCIA. No. No tal:
ya la tiene en su palacio
la duquesa de Alcalá!

ANDRES. No es posible!

MAYORD. Á la justicia!

TODOS. La Duquesa! (Sorprendidos.)

ANDRES. (Aterrado.) Maldicion!

MAYORD. Á la cárcel al momento!

ANDRES. (Ese loco nos perdió!)
Dejadme.
(Al Mayordomo y los criados, que le rodean.)

TODOS. ¿Á dónde vais?

ANDRES. La joya á recoger
aunque arda su palacio
y Urbina muera en él!

—

MAYORD. Si le dejamos
salir de aquí,
¿quién esa joya
me entrega á mí?
Á la justicia
voy á buscar
ó vuelve al punto
con el collar.

TODOS. ¡Qué desventura!
Qué confusion!
Ya se ha deshecho
nuestra funcion!
Maldito sea
el tal collar
que nuestra fiesta
vino á turbar.

ANDRES. Dejadme todos
salir de aquí,

ó no respondo
si no de mí.
Volver os juro
con el collar
ó sobre él muerto
me encontrarán!

(Andrés se abre paso y se va como un loco por la puerta del foro. Gran confusion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de la Duquesa de Alcalá. Puertas laterales.—En el foro ventana con cristales de colores.—Á los dos lados de la ventana, dos muebles antiguos de madera tallada.—Retratos grandes al óleo.—Colgaduras de terciopelo, ó tapices en las puertas.—Candelabros grandes imitando bronce, con multitud de bujías encendidas.—Lámpara ardiendo colgada del techo.—Sillones de cuero altos, de la época.

ESCENA PRIMERA.

DAMAS, CABALLEROS.

Al levantarse el telon aparecen las damas sentadas á un lado y á otro del teatro, y los caballeros de pie formando grupos detrás de ellas y en el fondo de la escena. Cuatro caballeros (bailarines) hacen cortesía á otras tantas damas y las sacan á bailar la *Pavana*, que se ha de danzar con la gorra puesta, y llevando los bailarines espadas al cinto y capas cortas. Todos vestidos lujosamente.

MUSICA.

CORO GENERAL. En fiesta cortesana
danzar es de rigor,
pero con la pavana

amar es lo mejor.
¡Ay! que el placer mayor
es suspirar de amor!

DAMAS. Para el indiferente
es gran placer danzar;
mas cuando el alma siente
es lo mejor amar.
¡Ay! que el placer mayor
es suspirar de amor!

CORO GENERAL. Siga la alegre danza;
¡danzar es no sentir!
que amar sin esperanza
jamás será vivir.
¡Ay! que el placer mayor
es suspirar de amor!

(Concluye la pavana. Los bailarines dejan á sus parejas en sus sillas, despidiéndose con una cortesía y quitándose la gorra. En tanto aparece la Duquesa por la derecha.)

ESCENA II.

DICHOS, la DUQUESA.

DUQ. ¡Magnífico espectáculo!

TODOS. (Levantándose y rodeando á la Duquesa.)
Dió la pavana fin!
Duquesa, ¿dónde estábais?

DUQ. Vagando en el jardin!

TODOS. ¿En el jardin? (Con extrañeza.)

DUQ. En el jardin!
La noche nos convida;
ahoga aquí el calor!
Bajad, que entre las flores
se está mucho mejor!
¡Siga la danza en torno al lirio
y al clavel;
sirva galante á cada hermosa
su doncel;
y entre el aroma de la noche
seductor,
óigase el dulce juramento

¡del amor!
(Mientras que sierva
de acerbo afan
mi alma se agita
sin goces ya!
Si un loco sueño
mi dicha fué,
¡muera la imágen
con que soñé!)

CORO. (La Duquesita
da en suspirar;
ojeras tiene,
pálida está.
Si en el negocio
hay un doncel,
¡vamos á cuentas,
¿quién será él?)

DUQ. Grato perfume embalsamado
da el jazmin;
aura de amores acaricia
mi jardin.
Brilla la luna con tranquilo
resplandor
y entre las flores canta amante
ruiseñor.

DUQ. y CORO. ¡Á danzar!
¡Á reir!
¡Á gozar!
al jardin!

(Vánse las damas y caballeros por el foro.)

ESCENA III.

LA DUQUESA sola, con una carta en la mano y el collar del primer acto, puesto al cuello.

HABLADO

¡Gracias á Dios que un momento
á mis solas me dejaron!

Nada! ni el menor indicio!
Si le dí á entender bien claro
mi gratitud, mi esperanza;
si al mirarme entre sus brazos
aquella noche, escuchó
de mis imprudentes labios
el primer grito del alma,
¿por qué no sale á mi paso?
Sabe quien soy, y me huye!
y sin embargo, este rasgo
debe ser suyo! ¿de quién
si no? Será un pobre hidalgo!
Pero esta joya demuestra
su opulencia. ¿Cómo, cuándo
supo que en casa de Urbina
la había yo deseado?
Vendida estaba á otra dama.
¿Cómo ese hombre puede tanto
que consiguió para sí
lo que allí á mí me negaron?
(Lee el papel que Urbina colocó en el estuche en el primer acto.)
«En esa joya cayó
»el rayo de tu mirada,
»y al sentirse tan honrada
»ceñir tu cuello anheló.
»Quien solo por tí vivió
»loco de amor te la envía;
»si tu alma la confía
»un secreto de amor lleno
»al tocar tu blanco seno
»ella te dirá que es mia!»
Es de él no me cabe duda, (Declamando.)
y al hacerme este regalo,
cómo no viene á decirme
soy yo?

FRANC. (Por la derecha.) Soy yo!

DUQ. (Sobresaltada.) ¿Qué?

FRANC. Me marcho?
estorbo? (Desde el quicio de la puerta.)

DUQ. Don Francesillo!
(Indicándole que entre.)

¡Oh, qué susto me habeis dado!

ESCENA IV.

LA DUQUESA, D. FRANCESILLO.

FANC. Por qué, divina Duquesa?
DUQ. Estaba á solas pensando
y me sorprendísteis!
FRANC. Ya.
DUQ. Qué hay de nuevo por palácio? (Con indiferencia.)
FRANC. No sé nada!
DUQ. Nada vos?
pues eso sí que es extraño!
Vos, que hablais mal de vos mismo
si no teneis otro á mano.
Vos, el bufon de la córte!
FRANC. Es que ese apodo bizarro,
por vengarse los mios
me le dan los cortesanos.
Si ellos son grandes y nobles
yo soy de Navarra hidalgo,
y si el nombre de bufon
del emperador me han dado,
no es que yo tengo ese empleo
por oficio, ni es que ando
con gorro de cascabeles
por las salas de palacio.
Es que el César Carlos quinto
sin mí no da nunca un paso,
y en justas, fiestas y zambras,
toros, cañas y saraos
si no está don Francesillo
para él no tienen encanto.
Soy ingenioso, soy lince,
soy apodador, soy cáustico...
DUQ. Y modesto! (Con ironía.)
FRANC. Tantos méritos
me quitan propios y extraños,
que es justo que yo me elogie
para quedarme con algo!
DUQ. Y qué os parece mi baile?

FRANC. Magnífico, extraordinario!
¡Bastantes piernas torcidas!
¡algun calzon arrugado!
¡algun cuello un poco corto!
¡algun peto un poco largo!
Pero en alhajas, en joyas...
un tesoro!...

DUQ. (Preocupada.) En joyas?

FRANC. Tanto
que hay más diamantes que luces!

DUQ. (Me dará á entender acaso?...
Si sabrá este hombre el misterio!)
Me hareis un favor? (De pronto.)

FRANC. (Con entusiasmo.) ¡Y cuatro,
y ciento! Si todo el mundo...
ménos vos, sabe que aguardo
de vuestra boca mi dicha;
si para mí no hay sagrado
hombre ni mujer ninguna
más que vos... Si os idolatro!

DUQ. ¿Conoceis vos esta letra?
(Enseñándole el papel sin soltarle y observándole fijamente.)

FRANC. Clara!... limpia!... pocos rasgos!...
letra de gente ordinaria,
los nobles por estos barrios
escriben peor.... Y dice...
(Queriendo coger la carta.)

DUQ. Es un secreto. (Retirándola:)

FRANC. Ya! Diablo!

DUQ. (Me parece que se turba!
Qué idea! Solos estábamos
en casa de Juan de Urbina.
¿Si se habrá atrevido á tanto?)
¿Os gusta esta joya?
(Con rapidez enseñándole la del cuello.)

FRANC. (Mirándola sorprendido.) Calla!
La que Andrés no quiso daros
(Reconociéndola.)
por tenerla ya vendida
á la marquesa... ¡es extraño!

DUQ. Sed franco!

FRANC. (Tengo un rival
y hombre de dinero!... malo!)
DUQ. Esta tarde en el taller
de Urbina solos estábamos
vos y yo.
FRANC. Cierto, Duquesa.
DUQ. Vos me amais?
FRANC. Como un menguado!
como un imbécil!
DUQ. ¡Sabeis
que para hacerme un regalo
como este, no tiene nadie
derecho?
FRANC. Pues está claro!
DUQ. Sólo al leer este anónimo
por curiosidad acaso
de saber quién me la envía,
me prendí la joya un rato!
FRANC. Justo!
DUQ. Admiro vuestro ingenio,
pero la joya rechazo!...
Tomadla! (Tratando de desprendérsela.)
FRANC Qué vais á hacer? (Deteniéndola.)
DUQ. ¿No soìs vos el que notando (Mirándole fijamente.)
mi capricho de comprarla,
por señas habeis logrado
del oficial del taller
que no me la venda?
FRANC. Vamos!
creeis que soy yo el del lance
y la carta?
DUQ. Á qué negarlo?
Responded por Dios... (Con ansiedad.)
FRANC. Duquesa...
(Urbina estará enterado
del negocio! Me dirá
el nombre del mentecato
que le ha comprado la joya;
le desafío, le mato,
me caso con ella, y luégo
se lo explicaré despacio.)
DUQ. (Era este! ¡Oh sueños mios!...) (Con desaliento.)

FRANC. (Pero ¿de dónde ha pensado
esta mujer que yo tengo
dinero para estos gastos?)
DUQ. Zúñiga!...
FRANC. Adorne esa joya
ese cuello de alabastro!
DUQ. Con una condicion!
FRANC. Venga!
DUQ. Habeis de tomar en cambio
su precio!
FRANC. ¿Qué os venda yo?...
DUQ. Oh! no, ha sido un adelanto,
una sorpresa galante!
Me prestásteis, y yo os pago...
FRANC. Bien; hablaremos mañana!
DUQ. Palabra de honor...
FRANC. El caso
es comprometido...
DUQ. Entónces...
FRANC. Acepto... (mientras aclaro
el misterio!)
DUQ. Yo os doy gracias,
pero... dejadme ahora un rato
descansar...
FRANC. Aquí!
DUQ. Yo os juro
que me habeis hecho gran daño!
FRANC. Yo!
DUQ. Vos!
FRANC. Regalando joyas?
DUQ. Sí tal!
FRANC. (Es el primer caso
de haber hecho á una mujer
padecer con un regalo!
Ahora mismo busco á Urbina!
Él me explicará...)
DUQ. (¡Dios santo!)

(Váse D. Francesillo por la derecha.)

ESCENA V.

LA DUQUESA, á poco URBINA.

DUQ. Era un sueño, una ilusion!
Al que el alma le rendí
no ha vuelto á pensar en mí!
Su noble y gallarda accion
fué cumplir con el deber
de amparar á cualquier dama.
Ni él me busca, ni él me ama,
ni yo feliz puedo ser!
(Urbina aparece por la puerta de la derecha.)

MUSICA.

URBINA. (Es ella, sola está!
¡Acórreme, valor!)
(Con rapidez y pasion.)
Señora... al fin os ví.
DUQ. (Volviéndose de repente.)
(Oh cielos! esa voz...)
URBINA. Miradme.
DUQ. (Turbada.) ¡Qué buscais?
URBINA. Morir á vuestros piés!
DUQ. (Es él!)
URBINA. No me conoce!
Oh Dios!
DUQ. (Con emocion creciente.)
(No hay duda! Es él!)
URBINA. ¡Yo soy el que una noche
mi amparo os supo dar.
DUQ. ¡Jamás tal aventura (Con fuego.)
mi pecho olvidará!
URBINA. Jamás!...
DUQ. Jamás,
jamás tal aventura
mi pecho olvidará!
(Con amabilidad, más fria y disimulando.)
URBINA. (Su acento conmovido
trastorna mi razon,

y se abre á la esperanza
mi amante corazon!)

DUQ. (Mi amor debo ocultarle
por noble y por mujer.
¡Qué sufra si me ama
lo que sufrí por él!)

—

URBINA. (Cada vez con más fuego.)
Desde aquella noche oscura
vuestra imágen me enamora.

DUQ. ¡Poco ese alma se apresura (Con ironía.)
en buscar al bien que adora!

URBINA. Tuvo miedo mi esperanza
y por eso llego tarde!

DUQ. En amores poco alcanza (Con gracia.)
el que peca de cobarde.

URBINA. Por mirarme á vuestro lado
muerto hubiera veces mil.

DUQ. Un poquito habeis tardado
en venírmelo á decir.

URBINA. (Acercándose más.)
¡Yo idolatro como un loco
vuestra mágica sonrisa!

DUQ. Caballlero... poco á poco...
que ahora vais con mucha prisa.

URBINA. ¡Vuestros ojos me enamoran!

DUQ. No miraros es preciso! (Volviéndose,)

URBINA. Si los mios os adoran! (Acercándose más)

DUQ. ¡Yo saldré del compromiso! (Alejándose.)

URBINA. ¡Reparad en mi honda pena
y premiad mi eterno amor!

DUQ. Demos fin aquí á la escena... (Con seriedad.)
y será mucho mejor!

—

URBINA. ¡Necio de mí! (Desesperado.)
que un pecho enamorado
hallar en vos creí!

DUQ. ¡Pobre de mí!
que un mes habeis tardado
en adorarme así!

—

URBINA. (Sal del pobre pecho mio!

ilusion engañadora!
de su burla y su desvío
hoy juguete vengo á ser!
¡Maldecido sea el instante
en que loco y sin ventura
se prendó mi pecho amante
de una frívola mujer!)

DUQ. (¡Vive y goza, pecho mio,
de la dicha embriagadora
de rendirle mi albedrío
al que es dueño de mi ser!
¡Bendecido sea el instante
en que quiso mi ventura
consagrar á un pecho amante
mi ternura de mujer!

—

URBINA. ¡Huyo de aquí, (*Queriendo huir.*)
que ya tan sólo ansía
mi corazon morir!

DUQ. ¡Volved aquí!
(*Deteniéndole con amor apasionado.*)
que mi alma sólo ansía
por vuestro amor vivir!

URBINA. Ah! (*Volviéndose con júbilo.*)

DUQ. Sí! (*Con pasion.*)

—

DUQ. ¡Vivir eternamente
amándoos es mi gloria!
Ni un punto de mi mente
huyó vuestra memoria!
¡En vos cifré mi anhelo,
mi dicha sólo en vos!
¡Premiad del pecho mio
la llama abrasadora!
¡os guardo y os confío
el alma que os adora!
¡Envidie el mundo entero
la dicha de los dos!

—

URBINA. De amor mi llama ardiente,
no es vana ni ilusoria,
pues vive eternamente

guardada en la memoria,
imágen es del cielo
que al hombre ofrece Dios!
Incendie el pecho mio
tu llama abrasadora!
Tambien en tí confía
el alma que te adora,
y dure eternamente
la dicha de los dos!

(Acaban el duo casi abrazados y ébrios de amor.)

HABLADO.

DUQ. ¿Luego mi recuerdo existe
desde aquella noche en vos?

URBINA. Inmenso, profundo, triste!
¡En vano el hombre resiste
á la voluntad de Dios!
Borrar sin tregua he querido
aquel dia de mi historia,
y envolver he pretendido
vuestra adorada memoria
en las sombras del olvido.
Pero cual crece arrogante
la roja llama humeante
de un incendio asolador,
así ha crecido gigante
el incendio de mi amor.
Entre el dia bullicioso
que al alma á gozar convida
con su sol esplendoroso;
entre la noche dormida
que brinda calma y reposo;
en las nubes de oro y grana
donde Febo arrastra el coche
de su pompa soberana;
ya al albor de la mañana,
ya en las nieblas de la noche,
tu hechicera imágen veo
que alienta, respira y vive
para mi amante trofeo,

como el alma la concibe,
como la pinta el deseo!
Yo pienso en tí sin cesar,
y en vano quiero borrar
tu imágen aquí esculpida...
ó te amo con alma y vida
ó no sé lo que es amar!

DUQ. Jamás en mi casto oido
el enamorado ruido
de esas palabras cayó;
jamás mi pecho sintió
lo que al veros ha sentido!
De niña á un hombre enlazada
por la voluntad ajena,
y á vivir acostumbrada
en la atmósfera serena
que aspira la esposa honrada,
si sufrí amante dolor,
ni aunque ya libre me ví,
pude creer en mi error
que se despertára en mí
la centella del amor.
En vos amparo busqué,
y cuando os ví pelear
y vuestro acento escuché,
sintió el alma un no sé qué
imposible de explicar.
Era un fuego que abrasaba
y era imperceptible apenas,
y cuanto más os miraba
parecía que se helaba
toda mi sangre en sus venas.
Era un vago sentimiento
como el despertar de un niño,
mezcla de gozo y tormento
y de pena y de contento
y de odio y de cariño!
Desde entónces mi memoria
copia el infierno y la gloria
de aquella noche bendita,
y guarda su amante historia
en mi corazon escrita!

¡Ordénase á la mujer
que oculte pena y placer
aunque por amor se muera,
como si amar ya no fuera
suficiente padecer!
Pero yo... no sé callar!
y pues no puedo olvidar
vuestra memoria querida,
ú os amo con alma y vida...
ó no sé lo que es amar!

URBINA. Bendita tu boca sea!
¡No hubo mujer adorada
como tú!

DUQ. Mi alma desea
saber de quién soy amada
para que en mí dicha crea!
Aún vuestro nombre no sé
y vos conoceis ya el mio!

URBINA. ¡Oh! jamás os lo diré!
(Como despertando de un sueño.)

DUQ. Por qué? (Sorprendida.)

URBINA. ¡Dios mio!

DUQ. Por qué?

URBINA. ¡Porque es mi destino impío!
¡Porque un mundo nos separa!

DUQ. No sois libre? (Con rapidez.)

URBINA. Sí por Dios!

DUQ. No me amais?

URBINA. ¡Si no os amara
nunca os viera ni os hablara!

DUQ. ¿Qué mundo hay entre los dos?
Vuestro traje y vuestro porte
de un caballero en la córte
dan claro y seguro indicio.
¿Mi título os quita el juicio? (De pronto.)
Mi grandeza no os importe.
Sois tal vez un pobre hidalgo?
¡Feliz yo que puedo en algo
haceros vivir en calma!
¡Si os he dado ya mi alma,
¿no os he de dar cuanto valgo?

URBINA. ¡Y tal alma he de perder (Con desesperacion.

¡No hay en el mundo mujer
que pueda igualarse á vos!
Mas la dicha entre los dos...
no puede... no puede ser!

DUQ. Sois acaso... un criminal
perseguido por la ley?

URBINA. ¡Jamás hice á nadie mal!

DUQ. Sois enemigo del rey?

URBINA. Soy su súbdito leal!
Libre, honrado, amante, fiel,
sin mancha alguna en mi vida,
al mirar ese joyel,
(Señalando con desesperacion la joya de la Duquesa.)
veo retratada en él
mi felicidad perdida!

DUQ. En esta joya? No entiendo!
Celos! Ah!...

VOCES. (Dentro.) Don Francesillo.

DUQ. Venid, explicar pretendo...
la verdad!...

VOCES. (Dentro.) ¡Bien, bufoncillo!

URBINA. Dejadme!... (Me estoy vendiendo.)

DUQ. Dadme el brazo...

URBINA. (Si me ven
y me conocen quizás...)

DUQ. La he comprado!

URBINA. Vos! á quién?

DUQ. Por aquí hay gente tambien!
vuestro nombre!...

URBINA. No! jamás!
(Vánse con rapidez por la derecha.)

ESCENA VI.

D. FRANCESILLO DE ZÚÑIGA y LAS DAMAS, por el foro.

MÚSICA.

DAMAS. (Con misterio, pero con mucha animacion.)
Por aquí, por aquí, por aquí!

FRANC. Voy allá, voy allá, voy allá!
¿Qué quereis, bellas damas de mí?

DAMAS. Murmurar! murmurar! murmurar!
Aquí estamos bien
en este salon
en tanto que sigue
allá la funcion.
Que dancen abajo
y miéntras aquí
nosotras un rato
podemos reir!
FRANC. No nos ven! no nos ven! no nos ven!
DAMAS. Bueno va! bueno va! bueno va!
TODOS. Qué placer, qué placer! qué placer!
murmurar! murmurar! murmurar!

DAMAS. Pues vos sois en la córte
el sábio zahorí,
decidnos lo que ocurre
de nuevo por Madrid!
FRANC. Pues nadie nos escucha,
nos mira ni nos ve,
cerrad muy bien el corro
y todo os lo diré.

(Todas le rodean en el proscenio, dejándole en el centro. Cantan en voz baja, pero pronunciando clarísima la letra.)

La condesa de Cifuentes,
con su esposo en pleito está,
y ya cunden en corrillos
las razones que ambos dan.
Ella dice que él es hombre
que promete sin cumplir,
y él afirma que ella es tonta
y que tiene mal dormir.
Pero yo he sabido
que andan mal de rentas,
y esta disputilla
es cuestion de cuentas.
Ella pide siempre
y á él jamás le sobra,
él no paga nunca
y ella nunca cobra;
y es un triste lance

el matrimoniar...
sin saber la tabla
de multiplicar.

DAMAS. (Haciendo que se ruborizan al oirle.)
¡Ay Jesús, qué lengua,
¡ay Jesús, qué pico!
Démonos buen aire
(Todas se abanican á un tiempo.)
con el abanico,
¡porque tiene un modo
de contar las cosas!
y estas son tan raras
y pecaminosas,
que me ruborizo
sólo de pensar...
en lo de la tabla
de multiplicar.

FRANC. Una joya lleva al cuello
la Duquesa de Alcalá
que un galan la ha regalado,
pero yo no sé el galan.
Por tapar al del regalo
ella me echa el muerto á mí,
pero huelen mal los muertos
y... me tapo la nariz.
Esto de las piedras
tiéneme escamado,
porque ser no quiero
yo el apedreado!
Si hay un preferido
que mejor lo entienda,
ya que en piedras anda
póngase la venda;
pues no tiene gracia
que en tal ocasion
él se lleve el bollo
y yo el coscorron.

DAMAS. Ay don Francesillo,
pobre enamorado,
que con piedras finas
le han descalabrado!

Si con piedras juega
vaya prevenido,
no le descalabren
al menor descuido;
y si la pedrea
diérale calor,
tome un abanico (Abanicándole.)
para el sofocon.

FRANC. ¡Basta de abanicos,
cesen ya, por Dios,
que si más me soplan
voy á ser soplon!

DAMAS. (Persiguiendo á D. Francesillo y abanicándole todas á compás.)
¡Ande el abanico,
aire en el bufon,
para que le pase
la sofocacion!

HABLADO.

FRANC. Gente viene!
UNA. Al baile!
TODAS. Al baile!
UNA. Hay que ver tan rica joya!
OTRA. Pobre Francés!
TODAS. Pobre Zúñiga!
FRANC. Reflexionemos á solas!
(Todas las Damas se van por el foro con la música en la orquesta del coro anterior.)

ESCENA VII.

D. FRANCESILLO, á poco ANDRÉS.

FRANC. Cree que soy yo de veras
el del regalo, ó la importa
fingirlo para ocultar
que andan moros en la costa?
Que hay rival es indudable;

que dió una suma cuantiosa
por la gargantilla, es claro,
pues era encargo de otra
y Andrés no quiso vendérsela,
yendo al taller en persona.
He buscado á Urbina para
averiguar esa historia
donde le dejé y no estaba...
se habrá ya marchado.
(Rumor y voces dentro.) ¿Hola!
Qué es eso?

ANDRES. (Dentro.) Tengo que verle.

FRANC. Esa voz...

ANDRES. Nada me importa
el baile! ¡Don Francesillo
es mi amigo!

FRANC. Á mí me nombra!

ANDRES. Dejadme entrar!

FRANC. ¡Es Andrés!
Y me busca á tales horas!
Qué es esto?
(Acercándose al foro y llamando á Andrés, que se supone dentro.)
Andrés, por aquí!

ANDRES. Ah! Negadme el paso ahora.
(Entra presa de la mayor agitacion.)

FRANC. ¿Qué buscas en esta casa?
¿Por qué pronuncia tu boca
mi nombre?

ANDRES. Porque podeis
salvarnos de la deshonra,
de la prision...

FRANC. Cómo, á quién?

ANDRES. Al maestro y á mí!

FRANC. ¿Es cosa
grave?

ANDRES. Sí! ¿Dónde está Urbina?

FRANC. No lo sé!

ANDRES. Verle me importa
al punto! ¿Con vos no vino?

FRANC. Sí; quería ver las joyas,
los prendidos de las damas,

y hará apenas una hora
que le dejé oculto en
una cámara recóndita,
cerca del gran salon!

ANDRES. Cielos!
y qué es lo que hago yo ahora?

FRANC. Mas qué ocurre?

ANDRES. ¡Recordais
aquella admirable joya
que no quise yo vender
á la Duquesa?

FRAND. Sí! ¡Toma!
Pues si de ella iba yo á hablarle!

ANDRES. Por una suma cuantiosa
estaba vendida ya
ántes de hacerse! Era toda
nuestra fortuna en diamantes,
encargada...

FRANC. Por la momia!

ANDRES. Qué?

FRANC. La marquesa de Azlor!

ANDRES. Justo!

FRANC. Y qué?

ANDRES. Dios me socorra!
Que el maestro Juan de Urbina,
que como un demente adora
á la Duquesa!...

FRANC. (En el colmo de la sorpresa.) ¿Qué dices?

ANDRES. Sin reparar en su honra,
sin recordar su palabra,
al saber que esta señora
quiso comprar el joyel,
se le ha regalado!

FRANC. Sopla!
regala lo que no es suyo!
¡no hiciera yo más!

ANDRES. ¡Y ahora
qué hacemos?

FRANC. ¡Que Urbina ama
á la Duquesa! Esto es cosa
inaudita! Él! un artífice!
un artesano!

ANDRES. (Sobre sí.) ¡Y qué importa?
si tiene el alma más grande!
FRANC. Para regalar no es corta!
Pero... ella lo sabe?
ANDRES. Ella
ese loco amor ignora!
FRANC. ¿Y cuándo la ha conocido?
ANDRES. La salvó la vida.
FRANC. Hola!
Romancerito tenemos!
¡La Infanta de Trapisonda
salvada por Esplándian,
el de la ardiente tizona,
matando al gigante Olías!
Yo soy el gigante ahora!
ya te daré yo Duquesas!
Espera aquí, patas tórtigas!
ANDRES. Os vais?
FRANC. Á buscar á Urbina,
á armar una escena gorda
en el baile! Á recoger
de la Duquesa esa joya.
ANDRES. Pronto! En el taller esperan
el Mayordomo y la ronda
de la Marquesa!
FRANC. (Sin oirle.) ¡Por eso
abusó de mi persona
haciendo que le trajera
yo á casa del bien que adora!
¡Pues me gusta la franqueza!
¡Un menestral que enamora
á una Duquesa! Ese hombre
está loco!
ANDRES. Corred!
FRANC. Floja
va á ser en Madrid la cháchara!
Vuelvo á su dueña la joya,
á él le encierro en los Orates
y avergonzada la otra
del amor del diamantista,
ántes de un mes es mi esposa!
Amigo Andrés! la pasion

de tu maestro es heróica!
él morirá al tercer dia,
pero yo tocaré á gloria!
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS, á poco URBINA.

ANDRES. He hecho mal en descubrirle!
pero á mí sólo me importa
mi honor de artista. ¡Salvemos
todo ante nuestra honra!

MUSICA.

ANDRES. Es él!
(Viendo á Urbina, que entra por la derecha preocupado.)
URBINA. Andrés! (Retrocediendo al verle.)
ANDRES. ¡Yo soy!
URBINA. ¿Qué buscas? pronto, dí!
ANDRES. Huyamos de esta casa!
(Queriendo llevarle.)
URBINA. En ella soy feliz!
ANDRES. ¿En dónde está la joya
que anoche se acabó?
URBINA. Brillando en la garganta
del ángel de mi amor!

—

Ella me adora,
ella suspira,
ella delira
de amor por mí.
¡Todo en el mundo
me importa poco,
que de amor loco
puedo morir!
ANDRES. ¡Ántes que todo
es tu palabra!
tu ruina labra

tu frenesí.
Pronto esa joya
mi voz reclama
ó ante esa dama
te pierdo aquí!

URBINA. ¿Qué intentas, desgraciado? (Con ira.)

ANDRES. La joya recobrar
librándote del riesgo
que te amenaza ya!

URBINA. Qué dices?

ANDRES. Sin la joya
de aquí no he de salir!

URBINA. Andrés! teme mi cólera! (Amenazándole.)

ANDRES. Temor nunca hay en mí!

—

Olvidando promesas sagradas
y exponiendo fortuna y honor,
por correr tras un sueño imposible
va á perdernos tu estúpido amor.
¡Ó tú mismo me entregas al punto
esa prenda que tuya no es ya,
ó en el baile penetro yo mismo
y la arranco del cuello en que está!

URBINA. Si amparé tu niñez desvalida,
y si el nombre de amigo te dí,
no me obligues á dar al olvido
el cariño que á tu alma debí.
Si atrevido la joya arrancáras
de ese cuello de nieve en que está,
á sus piés en tu sangre bañado
te tendiera mi propio puñal.

ANDRES. ¡Ántes que la vida
quiero yo tu honor!
¡Mil veces maldito
tu imbécil amor!

URBINA. Ni honra, ni vida,
ni honor quiero yo;
en mí sólo brilla
la luz de mi amor!

ANDRES. El delirio fascina tu mente,
la locura trastorna mi ser,
y la voz del amigo rechazas

y desoyes la voz del deber.
Aunque muera á tus pies esta noche
yo la joya sabré recobrar
y aunque viertas mi sangre tú mismo
de tí propio te quiero salvar!

URBINA. El delirio fascina mi mente,
la locura trastorna mi ser.
¡Ay del vil que se atreva á acercarse
á esa pura y divina mujer!
Si al querer traspasar mi camino
interrumpes mi grato soñar,
¡pide á Dios que te libre el destino
de mi loco y cruel despertar!

—

URBINA. Huye de esta casa,
véte!

ANDRES. No, jamás!
Doy voces!

URBINA. Te mato! (Saca la daga.)

ANDRES. Pues hiéreme ya! (Presentando el pecho.)

URBINA. Sal pronto, y que nunca
(Empujándole hácia el foro.)
te vuelva yo á ver!

ANDRES. (Si pierdo la vida,
aquí he de volver!)

URBINA. No vuelvas jamás!

ANDRES. (Aquí volveré.) (Marchándose.)

URBINA. Jamás!

ANDRES. (Volveré!)

URBINA. Jamás!

ANDRES. (Volveré!) (Váse rápidamente.)

(Audrés se va con rapidez y desesperacion por el foro. Urbina se queda en el centro de la escena consternado.)

ESCENA IX.

URBINA.

HABLADO.

Qué es esto? Tiene razon!

¡Pero qué intenta? ¿Se ha ido!
Ya que librarme he podido
de su ciega obstinacion,
ya que sin decir mi nombre
huí de los tiernos lazos
de esa mujer, y en sus brazos
será más feliz otro hombre.
Pues no he de volverla á ver,
muera este amor que me abrasa,
sal al punto de esta casa!
Vuelve Urbina á tu taller!
Prométele á la marquesa
hacer otra joya igual.
Vende, empeña tu caudal
y déjale á la Duquesa
en joya de tal valor
por la ventura que pierdo
el desdichado recuerdo
de su irrealizable amor!
Huyamos pronto... Sí! Sí!
¡Adios para siempre! Ah!
(Mirando á la puerta de la izquierda.)
Es ella! qué hermosa està!
quiero verla desde aquí!
(Váse con rapidez por la derecha, á tiempo que la Duquesa entra por la izquierda.)

ESCENA X.

LA DUQUESA DE ALCALÁ, mirando por todas partes agitada, y JUAN DE URBINA, medio oculto en el tapiz de la derecha.

DUQ. No está ya en el baile... no!...
Ha huido sin pronunciar
su nombre, y sin explicar
por qué de mí se ocultó!
¿Quién es? y por qué mi pecho
le ha de amar á pesar mio,
si su misterio sombrío
ante mi amor no ha deshecho?
Dos veces sorprendí en él

una turbacion marcada
cuando fijó su mirada
en este rico joyel.
Y ahora Zúñiga me ha dicho
que esta joya me ha de dar
esta noche en qué pensar.
Que va á traer por capricho
á la gente á este salon
y contar aquí la historia
de este joyel, en memoria
de una insensata pasion!
Sabrá que Zúñiga ha sido
quien tal regalo me ha hecho?

URBINA. (Qué dice?)

DUQ. ¿Si de mi pecho
el amor no habrá creido
al verme llevar preseas
que pintan otros desvelos?
¿Se habrá alejado por celos?
Sí es así!... maldita seas!
(Se quita la joya del cuello y la deja sobre el mueblecito de la izquierda de la ventana.)

MUSICA.

Ni joyas, ni riquezas
consuelan mi dolor,
mi alma necesita
la calma del amor.
Anhelo de los campos
la plácida quietud,
tal vez se apague en ellos
mi ardiente juventud!
Si no he ver al hombre
  que adoro fiel;
si de mis brazos huye
  torpe ó cruel,
dejar quiero la córte
  y su esplendor,
y vivir para siempre
  con mi dolor.

¡Por qué? por qué?
la dicha que le ofrezco
no quiere ver?
Tal vez, tal vez
la pasion que me abrasa
no exista en él!

(Queda como abismada en sus pensamientos. La ventana del foro se abre y se ve montado en el antepecho un hombre embozado y con careta puesta.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA, URBINA, tras del tapiz, ANDRÉS, en la ventana.

ANDRES. (Sola está!)
URBINA. (Viendo al enmascarado:) Qué miro!
ANDRES. (Esta es la ocasion!
la dama está allí...
audacia, valor!)
(Salta al suelo sin hacer ruido.)
URBINA. (Si ese enmascarado
un amante es...
y ella me ha mentido....
¡ay de ella y ay de él!)
(Saca su daga y observa.)
ANDRES. (Que se ha acercado de puntillas adonde está sentada la Duquesa, y viendo que no tiene puesta la joya busca en derredor, y al verla sobre el mueblecito, se apodera de ella y la guarda en el pecho,)
Ya es mia!...
DUQ. (Volviéndose de repente.) ¡Qué es esto?
Socorro, favor!...
(Gritando y cayendo desmayada en el mismo sillon.)
ANDRES. ¡Huyamos!
(Queriendo escapar por la ventana.)
URBINA. (Interponiéndose.) ¡Detente!
ANDRES. (Urbina!)
URBINA. ¡Ladron!
Suelta esa joya al punto.

(Cogiéndole la mano.)

ANDRES. Es vano tu furor!
URBINA. Quién eres?
ANDRES. (Arrojándole la careta.) Yo, que he vuelto!
URBINA. Andrés! (Retrocediendo.)
ANDRES. Es mia! (Saltando por la ventana.)
URBINA. Horror!

ESCENA XII.

LA DUQUESA, desmayada, URBINA, que quiere huir y se encuentra cerrado el paso por D. FRANCESILLO, DAMAS, CABALLEROS, COSELETES, etc.

DAMAS y CABALLEROS. (Dentro.)
Por aquí las voces suenan.
URBINA. Gente llega!... Vuelve en sí!...
(Al ver que la Duquesa vuelve del desmayo.)
CORO GENERAL. (Entrando.)
La Duquesa, la Duquesa!...
URBINA. (Imposible me es huir!...)
CORO GENERAL. (Rodeándola con interés.)
Qué pasa, Duquesa?
FRANC. (Ella y el doncel!
¿Por qué grita ella,
por qué calla él?)
URBINA. (Procurando ocultarse.)
(Si álguien me conoce,
¿qué va á ser de mí?
CORO GENERAL. Ese hombre se oculta!
DUQ. (¿Por qué quiere huir?)
FRANC. (Al Coro, con intencion maliciosa.)
Gritando y á solas
estaban los dos...
DUQ. (Perderme pretende!)
URBINA. (Ampáreme Dios!)
FRANC. Pues socorro habeis pedido (Á la Duquesa.)
y de aquí nadie salió,
es señal de que un infame
ha atentado contra vos.
Ó ese hombre es un amante,
lo que aquí nadie creyó,

ó bien dice su semblante
que es un vil ó es un ladron!

URBINA. Yo ladron!

DUQ. Un ladron!

CORO GENERAL. Un ladron!

—

CONCERTANTE.

CORO GRAL. (¿Qué misterio aquí se encierra?
No es su cara de ladron,
y en su traje y apostura
más parece un seductor.
Si nos hizo tal ultraje
la Duquesa con su amor,
tal escándalo castigue
nuestra justa indignacion!)

URBINA. (Fiero instante! ¡Horrible lucha
despedaza el corazon,
y tomar venganza piden
mi inocencia y mi furor.
Mas su honor es lo primero
y salvarla debo yo,
aunque muera en su presencia
de vergüenza y de dolor!)

DUQ. (¡Trance horrible! Fiero instante!
Lucha y tiembla el corazon.
que en sus ojos se retratan
la inocencia y el dolor!
Aunque le amo con locura,
al mirarle tiemblo yo,
que una frase de sus labios
compromete aquí mi honor.)

FRANC. (¡Soy más pillo que una rata!
y al mirar su turbacion,
mi risita juguetona
contener no puedo yo!
Al amante inutilizo,
y ella en trance tan atroz
ó me elije por esposo
ó aquí pierde su opinion!)

—

FRANC. y CORO. ¡Hablad por fin, Duquesa!
¿por qué callais así?
socorro habeis pedido...
decid, qué pasa aquí!

DUQ. Un enmascarado (Señalando á la ventana.)
por allí saltó.

FRANC. (Señalando á Urbina.)
Ese hombre es el único
que aquí he visto yo!!

CORO. Quién es? Por qué calla?

DUQ. No puede ser él!

FRANC. Pues mirad la máscara
á sus mismos piés!
(Recogiendo del suelo la careta.)

TODOS. Es cierto!

FRANC. Y la joya
que llevábais vos?

DUQ. (Buscando en la mesita.)
Aquí la he dejado!

FRANC. No está!

URBINA. (Maldicion!)
(¿Por qué este infame
me acusa así?)

DUQ. Hablad al punto,
¿quién sois? decid! (Á Urbina.)

URBINA. (Si deshonrada
la he de ver yo,
con la honra mia
salvo su honor!)

TODOS. (Duda... vacila!...)
Vamos! ¿Quién sois? (Á Urbina.)

URBINA. No soy amante,
soy... el ladron!
(Haciendo un gran esfuerzo.)

—

FRANCESILLO y CORO GENERAL.
¡Pronto, á la cárcel
vaya el malvado;
llévenle atado
sin compasion;
sufra el castigo
su atrevimiento,

¡salga al momento,
fuera el ladron!

URBINA. (Muerte ó locura
dénme los cielos!
Rugen mis celos,
muere mi amor!
¡Noche maldita!
Ya sólo lanza
odio y venganza
mi corazon!)

DUQ. (Rásgase el pecho
desesperado!
Para el malvado
no haya perdon!
¡Que el nuevo dia
léjos le halle,
ántes que estalle
mi corazon!)

(La Duquesa se refugia en los brazos de las damas. Los Coseletes se llevan á Urbina, y D. Francesillo y los caballeros le apostrofan al salir. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Patio de una casita en las afueras de la puerta de Segovia, cerca del rio.—Emparrado que sube por la pared de la casa de un solo piso, que está á la derecha.—Puerta y ventana practicables.—Tapia á la izquierda, cubierta de enredaderas, con otra puerta y ventana practicables.—En el foro un muro de verdura con dos árboles grandes que sirven de entrada.—Á lo lejos campo y vista de Madrid en panorama.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon todos los Oficiales y Aprendices de Urbina salen y rodean á Anton, que procura hacerlos callar y los habla con misterio.

ANTON, OFICIALES y APRENDICES.

MUSICA.

OFICIALES y APRENDICES.
Á saber hoy venimos,
como todos los dias,
si se va mejorando
el señor Juan Urbina!

ANTON. El viaje es en balde;
su salud es la misma!

OFICIALES y APRENDICES.
Va á perder de esta hecha

la fortuna y la vida.

—

ANTON. Callad! Callad!
que escucharos puede
(Mirando la casita de la derecha.)
por casualidad!

OFICIALES y APRENDICES.
Contad! contad!
cuál es el estado
de su enfermedad!

—

ANTON. Juan de Urbina ni duerme ni vive,
ni sonrie, ni va á pasear,
ni trabaja, ni come, ni bebe!
ni hace más que gemir y rabiar!
Ay! qué será,
qué no será;
yo ya no sé
lo que le da!
que habla solo y que llora y que grita,
y ni sale... ni viene... ni va!

—

OFICIALES y APRENDICES.
El taller permanece cerrado;
en Madrid se comenta ese mal,
y hace un mes que vivimos nosotros
sin placer, sin trabajo y sin pan!
Ay! qué será,
qué no será!
¿Cuándo otra vez
trabajará?
que la gente murmura en corrillos,
y él ni sale, ni viene, ni va!

—

ANTON. Callad! callad!
que escucharos puede
por casualidad!

OFICIALES y APRENDICES.
Contad! contad!
cuál es el estado
de su enfermedad!

—

ANTON. Juan de Urbina perdió la cabeza;
nunca quiere dormir ni beber,
y encerrado entre cuatro paredes
sueña á voces con una mujer.
Tiene que ver!
¿Quién podrá ser
la que hoy así
cambia su ser?
y de un hombre feliz y dichoso
un cadáver difunto va á hacer!

OFICIALES y APRENDICES.
Cuando á un hombre le pica la mosca
y aborrece la luz y el placer,
se retira y suspira y delira
y no quiere comer ni beber,
no hay más qué ver!
ni qué saber;
le ha puesto así
una mujer,
y hasta que ella le diga «te quiero,»
el pobre hombre está echado á perder.

HABLADO.

ANTON, OFICIALES y APRENDICES, ANDRÉS, por la puerta de la tapia de la izquierda.

ANDRES. ¿No os he dicho hace ya dias
que no volvais á mi casa?
OFICIAL. Era por ver si el maestro
estaba mejor!
ANTON. No ganan
ni un jornal, y los muchachos
qué han de hacer?
ANDRES. Sufrir con calma,
como yo, su enfermedad.
¿Quién sabe? Tal vez mañana
vuelva á su taller Urbina!
ANTON. Hola! tienes esperanza? (Acercándose.)
OFICIAL. Hay de nuevo algo? (Con interés.)
ANDRES. ¿Creeis

que no me asusta y me enfada
esta situacion? ¡Qué diantre!
Yo quiero que de ella salga
de una vez.—Á muerte ó á vida
hay que curarle!

ANTON. Y tú tratas
de hacer algo?

ANDRES. Es mi secreto!

ANTON. Pues mira, mientras tú zanjas
ese negocio, yo creo
que estos chicos tendrán gana
de beber algun traguillo!

ANDRES. Padre suegro, hablad en plata!
¿Ellos... ó vos?

ANTON. Todos juntos!
Desde tu boda no catan
un sorbo, y hace ya un mes!
¡Cómo tendrán la garganta!

ANDRES. Pero no armeis ruido!

ANTON. Yo
sé beber como Dios manda!
La puerta de la bodega
da al otro patio, y las tapias
son gruesas... conque, muchachos!...

TODOS. Bien por Anton! (Gritando.)

ANDRES. (Amenazándoles.) ¡Como salga
y os oiga!...

ANTON. (Bajando la voz.) Mucho silencio!
mucho vino! y muy poca agua!

ANDRES. Lo que es con vos la cosecha!...

ANTON. Yerno, recuerda esta máxima.
El vino no tiene espera!
Ó se bebe ó se avinagra,
y francamente, las uvas
no están bien en ensalada!

ANDRES. Como querais. (Distraido,)

ANTON. (Mirando al foro.) Mi hija viene!

ANDRES. Idos pronto! (Con rapidez.)

ANTON. ¿Anda en la danza
ella tambien?

ANDRES. Esperadme,
que tal vez nos hagais falta!

ANTON. Á tu gusto.—Vamos.

TODOS. Vamos!

(Vánse por el foro izquierda, dejando entrar ántes á Lucía. que viene agitada. Andrés la baja al proscenio. Música durante la marcha del coro.)

LUCIA. (Señalando á la puerta de la derecha.)
Duerme aún?

ANDRES. Silencio! Habla!

ESCENA III.

LUCÍA, ANDRÉS.

(Toda la escena con interés y misterio, pero con mucha claridad.)

LUCIA. La he visto!

ANDRES. (Con alegría.) ¡Dios sea loado!

LUCIA. Cuando penetré en su estancia
estaba, como aquí el otro,
triste, pensativa, pálida,
pero al echarme á sus piés
y al pedirla que por gracia
me escuchase, de repente
se levantó al ver mi cara
y exclamó: «Tú eres la jóven
que á traer vino á mi casa
un dia el rico collar,
orígen de mi desgracia.
Explícame cuanto sepas
de aquella aventura, ó nada
te tibrará de mi cólera!»
Yo al ver su furor, temblaba
de miedo...

ANDRES. Sigue; y despues?

LUCIA. Yo recordé tus palabras
y seguí tus instrucciones
al pie de la letra!

ANDRES. (Con efusion.) Gracias!

LUCIA. «Señora,—la dije:—el hombre
que os regaló aquella alhaja,
y que no es don Francesillo,

enfermo en mi humilde casa
vive hace un mes; os adora
y muere por vos. Él guarda
su secreto; él es el mismo
que os libertó de las garras
de los bandidos; el mismo
que os pintó su ardiente llama
en el baile; el que acusado
por el bufon, sufrió en calma
su prision por no perderos;
el que al daros esa alhaja
á costa de su fortuna,
mal podría ir á robárosla!»
La Duquesa estaba absorta,
aturdida. «Y por qué calla?
—me dijo:—por qué se oculta?
Por qué no arranca la máscara
á don Francés? ¿Quién robó
el collar? Si á la mañana
siguiente, fuí yo á la cárcel,
¿por qué ya en ella no estaba,
y por qué admitió de Zúñiga
la libertad y la infamia?»
Yo siguiendo tu leccion
empleé ruegos y lágrimas;
desperté su mal dormida
curiosidad; de su alma
sorprendí el oculto amor
que al desconocido guarda,
y conseguí que accediera
á nuestro deseo!

ANDRES. (Con impaciencia.) Acaba!
Va á venir?

LUCIA. Queda vistiéndose
mientras la carroza enganchan,
y estará aquí al punto!

ANDRES. (Con alegría.) ¡Al fin
se realiza mi esperanza!
Sí, Lucía. Es necesario
salvar á Urbina. Se hablan,
luce la verdad, y luégo
si por siempre se separan,

guarden ambos el recuerdo
de su amor puro y sin mancha!

LUCIA. ¿No ha salido aún? (Señalando á la derecha.)

ANDRES. Ni vino
don Francés esta mañana
como de costumbre!

LUCIA. Yo
dejé el recado en su casa
como me dijiste!

ANDRES. Bien!
Tú debes aquí esperarla,
y á tu habitacion al punto!
Que no la vean! Aguarda!
(Se dirige con rapidez á la derecha y escucha.)
No! La carroza...

LUCIA. Se queda
en la alameda cercana
al rio. Ahora tú á mi padre
y á los muchachos prepara
para cuando venga el otro!

ANDRES. En el patio grande aguardan!
¿Y á accedido á... todo?

LUCIA. Á todo!
Hasta á venir disfrazada
y con mascarilla puesta,
segun costumbre en las damas,
por si hace falta ocultarse
de Zúñiga. Sus palabras
fueron las siguientes: «Sepa
yo quién es el que me ama;
conozca al fin la verdad
entera de cuanto pasa
y á todo estoy decidida!
¡Es él!
(De repente, viendo á Urbina, que aparece en la puerta de la derecha.)

ANDRES. (¡Maldicion! Si trata
de quedarse aquí... perdido
está todo! Observa!

LUCIA. (Con rapidez.) Calma!)
(Lucía se queda en el foro mirando al campo, pero sin perder de vista lo que pasa en la escena.

Andrés sale al encuentro de Urbina. Éste baja algo al proscenio.)

ESCENA IV.

URBINA, ANDRÉS, LUCÍA.

ANDRES. ¿Qué tal, maestro?
URBINA. (Sentándose en un banco de la derecha, con amarga indiferencia.)
Muy bien!
ANDRES. ¿No se despierta aún la gana
de dar una vueltecilla
por la tela?
URBINA. Aquí en tu casa
estoy mejor!
ANDRES. Si esta vida
monacal tanto os agrada,
¡qué demonio! mejor es
que en un convento de fama
profeseis! (Con mal humor.)
URBINA. Si aquí te estorbo...
ANDRES. Los enfermos y las damas
nunca ofenden. ¿Cuándo estorban
las gentes á quien se ama?
URBINA. Creí...
ANDRES. Pues creísteis mal.
Como hace cinco semanas
que nunca quereis salir
de este patio ó de esta estancia,
y el taller sigue cerrado
y no se os saca palabra
del cuerpo, natural es
que deseemos con ansia
dar un giro á vuestra vida
más feliz!
URBINA. En balde cansas
tu imaginacion; yo quiero
la soledad. En mi alma
ha muerto el culto del arte,
la luz, la fé, la esperanza:
déjame arrastrar mi vida

quieta, oculta é ignorada,
hasta que muera ó me aleje
para siempre de mi patria.

ANDRES. Si tanto la aborreceis
tal decision no me extraña.

(Lucía hace una seña á Andrés, éste cubre con su cuerpo la figura de Urbina. La Duquesa entra por el foro, (con un traje caprichoso, del pueblo), y Lucía la acompaña á la pared de la izquierda: al oir hablar á Urbina, la Duquesa reconoce su voz y se para á escucharle, aunque oculta por Lucía.)

ESCENA V.

LA DUQUESA, LUCÍA, URBINA, ANDRÉS.

URBINA. Á nadie guardo rencor!
pero es tanta mi desgracia,
que ella me alimenta, y ella
me consuela y me acompaña.

ANDRES. Es decir, que no se olvida
aquella idea?

URBINA. (Levantándose.) Olvidarla!

(Urbina coge de la mano á Andrés sin ver á la Duquesa y á Lucía, que se quedan oyéndole en la puerta de la izquierda. Música en la orquesta recordando la romanza de Urbina del primer acto; pianísimo para no interrumpir la representacion.)

Dile que olvide al ciervo perseguido
el bárbaro latir de la jauría;
dí que olvide la luz del claro dia
al que envuelto en las sombras va perdido!
Díle que olvide el vaso apetecido
al que mata sedienta hidropesía,
y que se olvide el ave, cuando cría,
de henchir de pluma el primoroso nido!
¡Mas no pidas á un alma enamorada
que olvide de su amor la amarga historia
y borre aquella imágen adorada!
Sin su pasion vendida ó mal pagada,

no hay para el que amaba bien, honor ni glo-
ni dicha, ni placer, ni luz, nada! [ria.
(Vuelve al banco y se sienta abstraido. Pausa. Cesa la música en la orquesta. La Duquesa y Lucía entran por la puerta izquierda y la cierran:)

ANDRES. (He hecho bien! De una vez cese
su desdicha ó su esperanza!
Oigo ruido! Será el otro?
y hay que prevenirlos...) Vaya,
hasta despues! (No me oye!)
Ella observa! Dios nos valga!
(Váse por el foro; la Duquesa y Lucía abren la ventana de la izquierda y la entornan para que Urbina no las vea.)

ESCENA VI.

URBINA en la escena, la DUQUESA y LUCÍA dentro.

DUQ. (Es el mismo!) (Mirándole fijamente.)
LUCIA. (Por piedad!
señora, ni una palabra!)
DUQ. Pero, ¿cuál es vuestro intento?
LUCIA. Que oigais de aquí cuanto pasa;
que sepais hoy por vos misma
cuanto os inquieta y extraña,
y luégo, despues, que Dios
ilumine vuestra alma!)
URBINA. No es mala la idea! Al fin (Preocupado.)
un claustro el secreto guarda
siempre de una desventura!
En aquella noche infausta
me borró de su memoria.
¡Es venturosa! se casa!
¿Qué hago yo en el mundo?
DUQ. (Con resolucion.) (¿Quiero
hablarle al punto!)
URBINA. (Levantándose con rapidez. ¿Quién habla?
DUQ. y LUCIA. Ah! (Cerrando la ventana.)
URBINA. Creí oir?... ¡Qué locura!
FRANC. (Dentro.) Sea Dios en esta casa!
(Se oyen voces. Urbina se retira rápidamente y

entra en la casa de la derecha. Salen por el foro D. Francesillo y Andrés. Lucía sale por la puerta de la izquierda y se reune á ellos.)

ESCENA VII.

D. FRANCESILLO, LUCÍA, ANDRÉS, en la escena, la DUQUESA, apareciendo y desapareciendo de cuando en cuando tras de la ventana.

DUQ. El bufon!
ANDRES. Don Francesillo!
Venid! (Entra en la escena con él.)
LUCIA. Por aquí!
FRANC. ¡Muchacha!
Bien te prueba el matrimonio!
Estás fresca... colorada!
LUCIA. Phs! se hace lo que se puede
para ser feliz!
FRANC. ¡Bien haya
el matrimonio! Él enreda,
él desconyunta, él aplasta,
él viene á ser un infierno,
pero todos caen de patas!
Hasta yo!
ANDRES. ¿Conque la boda?...
FRANC. En la próxima semana
la Duquesa de Alcalá
me dará su mano blanca.
Ella está muerta por mí,
yo estoy loco, por su plata.
ANDRES. Ah! ya!
LUCIA. Negocio redondo!
FRANC. Soy un pillo! soy un sátrapa!
y Madrid! la córte entera,
el Emperador, España,
al mirarme rico y duque.
tendrán que cantar ¡Ossana!
(Con gran entusiasmo.)
¡Gloria á Dios en las alturas
y al bufoncillo en su casa!

MÚSICA.

ANDRES. Decidnos de esa dama
el genio y condicion!
LUCIA. Y hacednos de la novia
exacta descripcion!
FRANC. Oid en confianza,
que el lance es de mi flor!
y para hacer retratos
no hay nadie como yo!

—

Ella es rica... por chiripa,
ella es linda... á media luz,
y ella es noble... á medios pelos,
y ella es viuda... á cara ó cruz.
LUCIA y ANDRES. Á lo ménos será honrada!
(Muy marcado para que la Duquesa lo entienda.)
FRANC. Eso Dios lo ha de saber,
que en camisa de once varas
no me quiero yo meter!
Tiene cutis... de albayalde;
tiene encantos... de algodon,
y cabello... de difunto,
y caderas... de carton!
ANDRES y LUCIA. Pues el dia de la boda...
FRANC. Me figuro á no dudar
que en mi cama se ha caido
una caña de pescar!

—

LUCIA. Pues qué os gusta de ella entónces?
FRANC. Los talegos y el arcon!
ANDRES. La dareis muy buena vida!
FRANC. Sopas de ajo y al rincon!
LUCIA. Y si enferma de esos tratos?
FRANC. Eso qué se me da á mí?
ANDRES. Y si muere de la pena?
FRANC. Se la entierra y á vivir!

—

LUCIA. ¡Ay qué don Francesillo
tan particular!
ANDRES. ¡Pícaro bufoncillo,

cómo va á gozar!

FRANC. Soy el mortal más pillo
que se puede hallar!
Si atrapo su bolsillo,
¿quién me tose ya?
já! já! já! já!

LUCIA. Já! já! já! já!

—

FRANC. Cantará el mismo demonio
al ver nuestra union,
la cancion del matrimonio
que he compuesto yo!

LUCIA ANDRES.
De saber ya tengo gana
tan nueva cancion!
(¡Ella escucha en la ventana!
y él se perdió!)

FRANC. (Colocado á la izquierda cerca de la ventana.)
Periquito y Dinguindaina
se han casado ántes de ayer;
qué bien guisan la chanfaina
el marido y la mujer!
Ella bordar,
ella barrer,
ella fregar,
ella coser,
y el maridito
á lo mejor
romperla un hueso
con mucho amor.
Á la jacarilla
de la callejuela,
el marido es vara,
la mujer es tela!
Á la jacarilla
que en la vida humana
no debe haber boda
sin que haya sotana.
Ay! ay! qué regalo
que los hombres dan!
mucho palo! mucho palo!
mucho palo! y poco pan!

Lucia. Si le canta algun demonio
tal cancion á su mujer,
de seguro el matrimonio
muchas puntas va á tener!
Punta al bordar,
punta al barrer,
punta al fregar,
punta al coser,
y el hombre queda
por avestruz
más apuntado
que un arcabuz!
Á la jacarilla,
del marido fiero,
que con tantas puntas
se apunta el sombrero.
Á la jacarilla
que en la vida humana
no debe haber boda
con tanta sotana.

Los tres. Ay! ay! qué regalo
que los hombres dan,
mucho palo! mucho palo!
mucho palo! y poco pan!

HABLADO.

Andres. Bien, don Francés! (Animándole.)
Lucia. Vuestra lengua
ni aun perdona á la familia!
Franc. Luciguëla, habla mal siempre
y acertarás en seguida!
Lucia. Y si ella en vos se vengára?...
Franc. Yo sus escudos consiga
y lo demas nada importa.
Oros son triunfos, Lucía!
Andres. Entónces nos pagareis
unas cuantas cuentecillas
que hay pendientes!
Franc. Pues pendientes
han de seguir mientras viva!

Yo pagar! nunca he sabido
hacer esas porquerías!

ANDRES. El maestro!... (Vuelve adentro!)
(Á Lucía al ver á Urbina que aparece en la puerta.)

FRANC. (Me hace á mí gracia esta chica!
Bien, que á mí me la hacen todas.)

ANDRES. (Ahora ellos!) (Se queda en el foro.)

FRANC. Hola, Urbina!

ESCENA VIII.

URBINA, D. FRANCESILLO, ANDRÉS.

URBINA. Os esperaba impaciente!

FRANC. Vuestro amigo don Francés,
¿no viene hace más de un mes
á veros diariamente?

URBINA. Yo os agradezco el cuidado;
pero es que hoy pediros quiero,
como amigo y caballero,
un favor!

FRANC. Ya está alcanzado!

URBINA. Dijísteis que la Duquesa
al oir de vos mi nombre
exclamó: «El amor de ese hombre,
»aunque absurdo, me interesa.
»Pues él no robó el collar,
»y al verme en tal situacion,
»hasta pasó por ladron
»por no ofenderme y callar;
»merece que yo no agrave
»su dolor, y si es que puedo
»servirle en algo...»

DUQ. (¡Qué enredo
tan vil!)

LUCIA. (No os oiga!)

FRANC. (Esto es grave!)
Cierto!

URBINA. Dijísteis despues
que Madrid desde aquel dia
en lenguas su honra ponía

injustamente!

FRANC. Así es!

URBINA. Y que... prendada de vos,
segun las cartas que aquí
de su propia mano ví,
os casábais?...

DUQ. (¡Dios de Dios!)

FRANC. Cierto!

URBINA. Inútil es que os diga
cuánto sufrir me habeis hecho,
ni cómo á rasgar mi pecho
mi perdido amor me obliga.
Por vencer esta pasion,
sin mis instintos cristianos,
me hubiera hecho con las manos
pedazos el corazon,
mas de no dar al olvido
su imágen idolatrada,
tengo el alma destrozada
y estoy de luchar rendido.
Como no podré miraros
dueño eterno del tesoro
de ese imposible que adoro,
sin matarla ó sin mataros,
poner quiero entre los dos
un valladar más profundo
que el del honor y el del mundo.

FRANC. Y ese valladar...

URBINA. ¡Es Dios!

FRANC. De todo eso qué resulta?
No os entiendo por mi nombre!

DUQ. (Pero ¿quién es ese hombre
y por qué de mí se oculta?)

URBINA. Por vuestra alta mediacion,
aunque mi empeño os disguste,
entre los monjes de Yuste
quiero entrar en religion!

FRANC. Eh! (Dando un salto.)

ANDRES. Cómo? (Bajando con rapidez al proscenio.)

FRANC. (Con gozo.) (¡Sublime idea
que quita estorbos de en medio.)
No hay remedio?

URBINA. (Con entereza.) No hay remedio.
FRANC. Lo habeis pensado?
URBINA. Sí!
FRANC. Sea!
ANDRES. Permitidme, don Francés...
y vos maestro...
DUQ. (Con extrañeza é interés.) (Maestro!)
ANDRES. Que tercie, aunque poco diestro,
en tal lance el pobre Andrés!
(Muy marcado para que la Duquesa lo oiga bien.)
Á la mañana siguiente
del baile de la Duquesa,
fuísteis por su órden expresa
á la cárcel?
FRANC. Ciertamente!
ANDRES. Le servísteis de caucion.
Pusiéronle en libertad
y jurásteis, ¿no es verdad?
al salir de la prision,
que no perdonando modo
dejábais limpia su fama,
quedando la ilustre dama
enterada ya de todo;
sabiendo que el que su ruina
por amarla tuvo en poco,
era, adorándola loco,
el célebre Juan de Urbina!
DUQ. (Juan de Urbina!)
FRANC. Claro es!
Lo decís de un modo tal...
ANDRES. (Si hice mal ya está hecho el mal!
(Retirándose al foro.)
Ahora Dios y ella despues!)
URBINA. Accedeis?
FRANC. El bufoncillo
hará lo que se desea,
sin parar, hasta que os vea
con hábito y con cerquillo!
URBINA. Lo hareis, no es cierto? (Abstraido.)
FRANC. Oh! que sí!
URBINA. Pronto?
FRANC. Sin pasar el dia!

URBINA. Gracias y adios!

ANDRES. (Qué alegría!
Todo lo ha oido!)

URBINA. (Marchándose por la derecha.) (¡Ay de mí!)

FRANC. (Á Andrés, que se dirige al foro.)
Os vais?

ANDRES. Á mis compañeros
he de despedir!

FRANC. Yo al punto
á terminar este asunto!

ANDRES. Al iros... yo haré por veros! (Váse por el foro.)

ESCENA IX.

D. FRANCESILLO solo, mirando á la escena con placer, á poco la DUQUESA por la izquierda, con la mascarilla puesta.

MUSICA.

FRANC. ¡El lance se enreda
de un modo brillante!
Este hombre es un tonto,
yo soy un tunante,
y la Duquesita
su mano me da!
Oculto y secreto
se queda mi embrollo!
Yo nunca me aturdo,
yo nunca me atollo,
y asombro del mundo
mi triunfo á ser va!

DUQ. ¡Pobre bufoncillo! (Riendo.)

FRANC. ¿Quién va, quién va? (Retrocediendo.)

DUQ. ¡Ay don Francesillo!
Venid acá!

—

Si á las damas de Castilla
á quien vos enamorais,
por las calles de la villa
en voz alta retratais...
descubierta vuestra mengua

y aclarado vuestro ardid,
no es difícil que la lengua
os arranquen en Madrid!

FRANC. La amenaza es algo fuerte
y me asusta ese rigor!

DUQ. Vos sois digno de esa suerte
por infame y por traidor!

FRANC. Si yo soy un deslenguado,
aun sobrándome quizás,
en cortándome la lengua
voy á serlo mucho más!

DUQ. Don Francés regala joyas
que no son de don Francés,
don Francés el oro busca
y se va á quedar sin él.
Don Francés es mal amigo,
don Francés es mal galan,
y por vil y por infame
lengua y vida perderá!

FRANC. ¡Una dama noble y rica
hoy mi esposa quiere ser!

DUQ. Por lo fea y por lo vana
no os conviene esa mujer!

FRANC. ¡Su virtud es intachable!

DUQ. El difunto digaló...
que en camisa de once varas
no me quiero meter yo!

—

FRANC. ¿Quién eres, tapadita,
que de ella hablas tan mal?

DUQ. Del conde bufoncillo
discípula y no más!

FRANC. Por celos me persigues!

DUQ. Pues eso debe ser! (Con ironía.)
Oid como... por celos...
se venga una mujer!

—

Si vuestra vida quereis libertar,
la villa y córte al punto dejad,
ó por mis celos os juro yo aquí
que la paliza retumba en Madrid!

FRANC. Viven los cielos, que el lance es fatal!

¡Hay en la córte quien me quiere mal,
y si hoy á palos me matan aquí...
de la paliza se rie Madrid!

DUQ. ¡Retumba en Madrid!

FRANC. ¡Se rie Madrid

Á UN TIEMPO, aparte cada uno.

DUQ. (Ya al bufoncillo le dí en qué pensar!
Justo castigo su infamia tendrá!
Pues que mi dicha y mi calma perdí,
yo haré que guarde recuerdo de mí!)

FRANC. (Si la Duquesa su mano me da
tierra por medio mi ingenio pondrá!
Pues yo no quiero, quedándome aquí,
que mi pellejo se rompa en Madrid!)
(Al concluirse el duo, Lucía aparece en el foro. La Duquesa la hace una seña, y al irse D. Francesillo, Lucía se le interpone.)

ESCENA X.

LA DUQUESA, D. FRANCESILLO, LUCÍA.

HABLADO.

LUCIA. Don Francés!

FRANC. Oye, Lucía!
¿Quién es esa dama?

LUCIA. (Con gran misterio.) Chist!

FRANC. Qué pasa?

LUCIA. Venid conmigo...

FRANC. Y me lo vas á decir?

LUCIA. Todo!

FRANC. Y adónde me llevas?

LUCIA. Andrés os espera allí.
(Señalando al foro izquierda,)

FRANC. La cosa me importa?

LUCIA. Y mucho!

FRANC. ¡Qué manos de serafin!
Luciguela, Luciguela...

LUCIA. (Habrá tuno!) Por aquí!

(Se le lleva por el foro izquierda. La Duquesa baja al proscenio.)

ESCEÑA XI.

LA DUQUESA, á poco URBINA, por la puerta de la derecha.

DUQ. ¡Era Juan de Urbina el hombre
á quien amaba! Un platero!
un artífice! Dios mio!
al mirarle tan apuesto,
tan valiente, tan cortés,
¿quién un noble caballero
no le creyera? Y él sigue
adorando mi recuerdo,
muriendo con su pasion!
Oh! bien en traerme hicieron
para descubrir la infamia
de don Francesillo, y luégo
para hablar á Juan de Urbina...
por última vez al ménos!
Es él!...
(Juan de Urbina sale por la derecha y ella se retira al foro, poniéndose la mascarilla.)
URBINA. ¡Gracias á mi dicha
no hay nadie!
DUQ. (Acercándose encubierta.) Urbina!
URBINA. Qué es esto? (Retrocediendo.)
Quién sois? qué buscais aquí?
DUQ. La duquesa de Alcalá
mi señora...
URBINA. Dios! que oí?
DUQ. Me manda que venga así
y os hable en su nombre!
URBINA. Ah!
Ella os envia?
DUQ. (Conmovida.) Ella quiere
que ningun otro se entere
del paso que da con vos!
URBINA. Hablad! Sea lo que fuere,
sólo ha de saberlo Dios.
DUQ. Amante y agradecida

(Acercándose más y muy marcado.)
y debiéndoos honra y vida,
pone en las manos del hombre
á quien ama, suerte y nombre
para que él de ellos decida.
Clase, nombre y posicion
distintos en ambos son,
y esto sus afectos ata,
pero miéntras viva y lata
es vuestro su corazon!
Jamás de otro hombre será
mano que en vos se apoyó.
Pero... si exigís quizá
que sea vuestra... vuestra es ya...
y en su nombre os la doy yo!

URBINA. ¡Sabiendo mi humilde cuna (Aturdido.)
ella... á mi amor corresponde?

DUQ. Mano os ofrece y fortuna
si vos lo exigís... (Conmovida.)

URBINA. (Con celos.) Y el conde?

DUQ. No le hizo promesa alguna!

URBINA. (En el colmo de la alegría.)
¡Dueño soy de ese tesoro
que más que á mi aliento quiero,
que más que á mi vida adoro,
por quien desdichado lloro,
por quien loco de amor muero!
Y ella... noble, hermosa y bella
me sacrifica su suerte,
y se une á mi humilde estrella?
y yo... que soy el más fuerte
he de valer ménos que ella?
(Transicion apasionada y digna.)
¡No por Dios! Vuelva la calma
á mi cerebro agitado.
Tengo de su amor la palma,
y por él he recobrado
la lealtad de mi alma.
Vuelve, feliz mensajera,
á la mujer que te envía;
llévala mi vida entera,
y dile que el alma mia

es digna de que la quiera!
Plebeyo y pobre nací;
el arte aliento me dió,
dila á quien te envía aquí,
que en tanto que viva yo
vivirá su amor en mí!
No turbarán un momento,
su calma, dándola enojos,
con sus suspiros mi acento,
con sus lágrimas mis ojos,
con su amor mi pensamiento!
Su secreto bendecido (Bajando la voz.)
aquí vivirá escondido
y oculto mi vida entera,
bajando cuando muera
á la mansion del olvido.
Y cuando uno de otro en pos
nos encontremos los dos
ella fiel y yo discreto,
romperemos el secreto
en la presencia de Dios!

DUQ. ¡Basta, Urbina!
(Conmovida y quitándose la mascarilla.)

URBINA. Ella!

DUQ. Yo! sí! (Acercándose.)
que embebecida os oí!...
que os hice de mi alma dueño,
y que aún juzgo muy pequeño
todo el amor que hay en mí.
Ante el vuestro tan profundo,
ante esos ayes que salen
de un pecho en amar fecundo...
¡alma de mi amor!... ¿qué valen
todas las glorias del mundo? (Con fuego.)
Yo nací humilde tambien,
y pues humilde nací
y amor me brinda su edem,
volveré á ser lo que fuí!...
y á mi alma le irá bien!

URBINA. Dirán que es loca tu accion!

DUQ. Las gentes sin corazon!
yo mi ventura he logrado...

¡aquellos que hayan amado
ya nos darán su perdon.

ESCENA XII.

DICHOS, D. FRANCESILLO, perseguido por los OFICIALES y APRENDICES, LUCÍA y ANDRÉS.

TODOS. ¡Muera!
DUQ. Dejadle!
URBINA. Alto ahí!
FRANC. Ah! la Duquesa... era esa!
DUQ. Se cumplía mi promesa?
FRANC. La de la paliza? Sí!
Sacudían con placer!
DUQ. Apartad, que le apadrina
la esposa de Juan Urbina.
TODOS. Ella!
FRANC. Vos! No puede ser!
dar la mano á un menestral!
y estando yo aquí... qué horror!
DUQ. Cuando es igual el amor,
nunca hay boda desigual!
LUCIA. Ahora sí que es ocasion (Con ironía.)
para que entone el demonio
la cancion del matrimonio!
FRANC. Justo... y ahí va la cancion!

MÚSICA.

FRANC. (Adelantándose al público.)
La viudita y el platero
su bodorrio van á hacer,
pero falta un caballero
que padrino quiera ser.
Y es de esperar
que no ha de haber
quien tal azar
quiera tener,
porque en las bodas
de este tenor

las cencerradas
son de rigor.
¡Á la jacarilla,
que me han dado perro,
pero en esta boda
yo toco el cencerro!

DUQUESA, LUCIA, URBINA, ANDRES y ANTON.

¡Á la jacarilla,
me importa un comino
(Señalando al público.)
si ese caballero
ser quiere el padrino!

FRANCESILLO y TODOS.

¡Ay! ay! que { tormento. / contento. }
será para mí,
si apadrina el casamiento
quien me escucha desde allí!
(Señalando á la platea.)

FIN DE LA ZARZUELA.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
doctor Escamilla	1	D. J. Moreno Liaño	Todo
Castanyada	1	E. Vidal	»
diable son las donas	1	E. Vidal	»
ıbes de verauo	1	Cárlos Trigo	»
n quadro ó la barca de San Pere	1	E. Vidal	»
pau de casa	2	E. Vidal	»
ıdie es profeta en su tierra	2	J. Moreno Liaño	»
art de la bruixeria	3	E. Vidal	»
ZARZUELAS.			
scrt y aventura	1	E. Vidal	Libro.
Barcelona al Parnás	1	Idem	Libro.
os Milions	1	Idem	Libro.
s campanetas	1	Idem	Libro.
ıa jaula de locos	1	M. Fdez. Caballero	Música
t mes qui pinla	1	E. Vidal	Libro.
pobre diable	1	Idem	Libro.
criada	2	Idem	Libro.
gran sastresa	2	Idem	L. y M.
manescala	2	Idem	Libro.
masovera	2	Idem	L. y M.
sommi daurat	2	Idem	Libro.
siglo que viene	3	M. Fdez. Caballero	Música
guardiola	3	E. Vidal	Libro.
an de Urbina	3	L. Mariano de Larra	Libro.

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis lanc, tituladas: *El proscripto*, *La pena capital*, *Bernardo el Calesero*, *El orteo*, *La verdadera Carmañola*, *Los amigos de los pobres*, *Los aventureros* *Romper cadenas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.